

REVISTA EUROPEA.

Núm. 2

8 DE MARZO DE 1874.

AÑO I.

LA FILOSOFIA DEL PROGRESO.

(Conclusion.)

La vida orgánica realiza la idea de la totalidad; cada individuo es en sí, dentro de sí, no solamente abreviado universo, sino también abreviado absoluto. El más débil de los seres organizados, el más efímero, procede, no como rey, como tirano del mundo inorgánico; recoge las fuerzas mecánicas y las subordina á su fuerza propia; recoge los medios químicos, y les obliga á servirles de alimento; derriba las plantas; destruye los seres enfermos; se apropia las sustancias que necesita; rompe, destroza para procurarse ó habitación ó alimento; acecha á otros seres, y vive por otros seres acechado, pero extendiendo á todas partes la sombra de su individual egoismo; hasta que viene como manifestacion de la eterna justicia esa inflexible reina de los seres, la muerte, con su paso callado, con su mano huesosa, con su manto de tinieblas, con la guadaña por cetro, á castigar las ambiciones individuales, á refundirlas en la vida general de la especie, á demostrar que ningun individuo puede elevarse á lo absoluto por sí sólo, á rejuvenecer con la renovacion de las generaciones la vida sobre este vasto cementerio de seres desaparecidos, sobre esta vastísima pradera de seres renacientes, sobre los planetas: que la muerte, por destructora, por exterminadora, no deja de representar en el universo la fianza y el seguro de la inmortalidad. En la lógica, el sér y el no sér se confunden; y en la naturaleza se confunden también el amor y la muerte; ambos en último resultado sujetos á renovar la vida y á perpetuar las especies.

La idea, que no pudo permanecer en las puras abstracciones, que sintió necesidad de concretarse en la naturaleza, siente necesidad de subir desde la naturaleza á escalas superiores de la vida y del sér. Prepárase el universo á convertirse en el teatro de

una evolucion superior de la idea, desde que la evolucion orgánica está concluida, perfecta; y toca á sus últimos grados. La tierra se pule, la atmósfera se aclara, la luz y el calor dispersan los vapores y las nieblas, extingúense los volcanes, retíranse los mares; próspera vegetacion, cargada de flores y de frutos surge; los continentes se dibujan rodeados de sus collares de islas, entre las cuales juguetean y cantan coronándose de espumas las agitadas ondas; en las series de organismos la vida busca instintamente el organismo superior; los animales se perfeccionan; el sentimiento, el instinto, la memoria, aparecen como profetas de la nueva vida, como precursores del nuevo sér; las aves abren sus alas, y se elevan á las alturas, entonando sacro himno, como si aspiraran á lo infinito; las fuerzas ciegas se van sometiendo á una fuerza suprema; y al fin, bajo el cielo espléndido, sobre la tierra, perfeccionada, en la cima del organismo, en los ojos, en el cerebro del hombre, amanece el nuevo dia, el eterno dia del espíritu.

La lógica está sujeta á un desarrollo, la naturaleza sujeta á un desarrollo; el espíritu, como la lógica y la naturaleza, á un desarrollo también sujeto. En la cuna de la especie no existen aún ni la conciencia ni la libertad. El hombre primitivo, pegado casi á la tierra, uno con la naturaleza, en la cual parece como el feto en las entrañas maternas, todavía no es personalidad. El espíritu no se distingue de la materia, ni la inteligencia del instinto, ni la voluntad de los agentes naturales, y el sér humano se encuentra como asfixiado en el seno de la tierra. Esfuerzos grandes le costará tomar posesion de sí mismo, sentir su independencia del mundo, llegar al conocimiento de sí y al ejercicio de la libertad. Esta será una evolucion en realidad tan radical, como la verificada para pasar desde la lógica á la naturaleza y desde la naturaleza al es-

píritu. Aquí comenzarán la moralidad interna del individuo y la vida superior de la sociedad. Cada hombre reconocerá su igual en otro hombre, y encontrará un límite á su propia libertad en la libertad de sus semejantes. El espíritu de cada uno existe íntegro y completo en la totalidad de los hombres; y comprende que necesita fundar su libertad en la libertad de los demás: que espíritu y libertad son sinónimos. Pero ningún espíritu individual puede ni debe arrogarse el monopolio de la libertad. Es como el aire, como la luz, el bien de todos. Y este poder superior á todos, que contiene la libertad, no de cada hombre, sino de los hombres juntamente, se llama por otra evolución superior de la idea, espíritu objetivo.

El espíritu objetivo tiene como la lógica, como la naturaleza, como el espíritu subjetivo sus grados y sus desarrollos. El primero de estos grados es el espíritu nacional. Admítase con dificultad por el sentido común la unidad sustancial de los espíritus, el espíritu general humano. Admítase con mayor dificultad todavía el espíritu nacional.—¿Qué quiere decir eso de espíritu de un pueblo?, preguntan generalmente. Se ve que todos los hombres sienten la identidad, la comunidad de su sér en el espíritu, y no se quiere admitir el espíritu de la humanidad. Se ve que los ciudadanos de un pueblo se confunden é identifican en ideas comunes, en comunes sentimientos, y no se quiere admitir el espíritu nacional. El común sentido, muy cerca siempre del empirismo, sólo ve ciudadanos, sólo individuos, y no esa fuerza superior de la vida social, que no es resultado de los esfuerzos individuales. En la experiencia sólo se encontrarán individuos; pero en la razón existen también las naciones con su espíritu propio, existen las sociedades con su propia fuerza. Y no puede ser la nación la suma de los ciudadanos; es algo más, es un organismo, es un espíritu.—¿Quién os ha dicho que teneis un cuerpo, cuando teneis la aglomeración de órganos necesarios al cuerpo? ¿Y quién os ha dicho que teneis un pueblo, cuando teneis una aglomeración de ciudadanos?—Hay en los organismos orden, proporción, ley, armonía, funciones, y hay lo

mismo en los pueblos. Tienen los organismos su unidad y la tienen los pueblos. En este orden, y en esta proporción de las naciones hay una fuerza superior. Arrancar al hombre de la sociedad, es como arrancarle de la tierra, y arrancar las sociedades de esta determinación llamada nacionalidad, es destruir una de sus leyes esenciales. El individuo no es un sér puro; como ha nacido en una familia, en un tiempo, ha nacido también de una nación. Ningún hombre vivirá fuera del aire. Ninguno podrá vivir socialmente fuera de su tiempo, ni fuera de su pueblo. A su vez los pueblos que renuncian al espíritu de su siglo, como los hombres que renuncian al aire de su planeta, mueren. Las restauraciones políticas y las restauraciones literarias, significan vejez en la vida social. Los pueblos restauradores del régimen reaccionario que han destruido, se parecen á los ancianos alimentándose de los recuerdos. Un pueblo es fuerte cuando vive en el espíritu de su siglo, como es fuerte un hombre cuando vive en el espíritu de su pueblo. Véase, pues, cómo existe realmente ese grado del espíritu objetivo que se llama espíritu nacional.

Todos los seres tienen alas. Todos aspiran á subir. Todos, como la nube de incienso en la bóveda del templo, se elevan á lo infinito. Esta aspiración es interna y constitutiva de los seres. La idea no reposa en su progresión ascendente, en sus evoluciones hácia la superior perfección. De la lógica ha pasado á la naturaleza, de la naturaleza al espíritu, del espíritu subjetivo al espíritu nacional objetivo; al tocar en la región del Estado, la idea comienza á sentirse y á reconocerse espíritu absoluto. Por el Estado el espíritu subjetivo se objetiva en el mundo exterior, lo transforma, y se lo asimila. El Estado se diferencia de la sociedad civil, en que la sociedad civil procura el bien de los individuos ó de las familias, y el Estado procura el bien general. Así obliga á sacrificar las satisfacciones egoístas del individuo ó de la familia en el altar de la patria. El Estado es la esfera de lo universal.

Mas para Hegel hay error gravísimo en

admitir como forma de gobierno la pura monarquía ó la pura democracia. Esta tendencia á las formas puras de gobierno consiste, segun su sentir, en el desconocimiento de la sociedad y de los elementos contrarios que la componen y de las fuerzas opuestas que la sostienen. Así no responden á la idea total del Estado. La monarquía pura sólo ve la unidad, y suprime la libertad. La democracia sólo ve la variedad, las individualidades, y suprime la unidad. Se han considerado los gobiernos parlamentarios gobiernos convencionales, siendo los gobiernos de la razón los gobiernos de la naturaleza. Esta creencia, en sentir de Hegel, proviene de esos *hábitos* inveterados al espíritu humano, que, ansioso de simplificar los sistemas, les quita sus elementos esenciales. La República, segun Hegel, confunde la sociedad civil con el Estado, y atiende sólo al bien del individuo. Por eso, por confundir el bien del individuo, de la casta con el bien general, cayeron las repúblicas antiguas en el despotismo. Esta transformación de las repúblicas en dictaduras, es la condenación inapelable de semejante forma de gobierno. Así proclama la forma normal de gobierno la monarquía. El Estado para Hegel no pasa de pura abstracción cuando no se realiza en una persona, representante de sus ideas, de sus tradiciones, de su historia, encarnación de su autoridad y de su derecho. ¡Lástima grande que concepción tan alta se precipite en resultado tan lastimoso!

¡La monarquía forma normal del Estado! Para sostener tan extraña tesis tiene el filósofo que recurrir á la máxima proverbial en labios de Luis XIV, al «Estado soy yo.» Y en verdad, aún para aquellos que más templada la quieren, tiene algo siempre la monarquía de apoteosis ó deificación, ya sea de una persona, ya sea de una familia. Y esa deificación, ese derecho hereditario á reinar sobre un pueblo, tiene algo de la casta oriental, rota por tantos progresos. Suponer que un hombre, por grande que parezca, puede personificar la sociedad, es como suponer que puede personificar el universo. Pedir su intervención personal, es tanto como creer la sociedad entregada al arbitrio de una inspiración milagrosa. Las leyes so-

ciales son independientes de las personas, de las familias, como las leyes del Cosmos. Decir que dentro de la República no caben los dos términos de las sociedades humanas, la autoridad y la libertad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad, equivale á desconocer la esencia de la República que distribuye la vida con regularidad, y en proporciones imposibles dentro de una monarquía. La ley social debe obligar á todos. Y es ley social, independiente de las convenciones de los hombres y de la voluntad de los poderes públicos, el derecho. Y es ley del derecho su universalidad. Y esta universalidad se desmiente si un sólo hombre trae desde la cuna, desde el momento de su generación, el privilegio de regirnos; porque este hombre se encontrará fuera del derecho, y dentro del privilegio, desde el punto en que una ficción, necesaria á las monarquías, le declare irresponsable. Decir que la individualidad se desarrolla abusivamente en las repúblicas, argumento parecerá á todo espíritu recto tan baladí, como el de aquellos filósofos misántropos que pedían el sacrificio de los derechos individuales para el sostenimiento de la autoridad y de la vida social. Hegel ha dicho en uno de los más admirables análisis de su filosofía, que toda esencia lleva en sí misma su forma. Y nadie puede negar, nadie, que la forma perfecta de las democracias es la República. El espíritu nacional que Hegel reconoce como un ser en sí, como un grado más en la ascensión de las ideas, no puede contenerse en organismo que le sea más propio. Los reyes fundan monarquías; las repúblicas verdaderas naciones. Y no se repita el argumento de que las dos repúblicas antiguas degeneraron en dictadura. Degeneraron desde el día nefasto en que cayeron por su mal en los errores monárquicos de imaginar á un hombre personificación de la sociedad. Y esta sustitución de la República por la monarquía fué su muerte. Los genios que brillaron en la corte de Augusto, hijos eran de la República. Después la hinchazón sucedió á la grandeza; y la retórica á la elocuencia. Grecia murió el día que murió su República. El género humano llora aún la batalla de Que-

ronea, en que murió la Atenas republicana; la batalla de Farsalia, en que murió la Roma republicana; maldice al emperador Cárlos V y al papa Clemente VII, que mataron la República florentina; y no cree bastante castigo al primer Napoleón Waterloo, y al tercero Sedan, ya que cometieron el crimen de asesinar dos repúblicas.

Y la conciencia humana, encerrada en la historia, recuerda que las épocas faustas han sido las épocas del florecimiento de las Repúblicas. La federación de Israel dictó la ley moral á que nuestra conducta se atiene, y educó aquellos Profetas, cuyas imprecaciones contra los reyes todavía inflaman los corazones de nuestros varios pueblos; y cuyas esperanzas de redención todavía animan las ideas religiosas de nuestras varias civilizaciones. La República griega comenzó la educación estética del género humano, y fundó á un tiempo la eterna forma del arte y el espíritu de la ciencia; cincelandos con su cincel en piedra las estatuas, modelos inmortales de la belleza plástica, y con sus ideas en la sociedad los primeros ciudadanos de la democracia. Los fundamentos del derecho civil en el occidente de Europa y en la América latina débense á otra República, á la República romana. Mientras subsistió, sus héroes fueron capaces de merecer en pleno imperio la pluma de Plutarco; en tanto que los emperadores más grandes sólo merecieron las estóicas maldiciones de Tácito, ó la vergonzosa ignominia de la Historia augusta. En el mundo moderno sigue la prodigiosa vitalidad de la República. Todas las glorias de Italia en la Edad Media se unen á esta forma de gobierno. En la República se educaron el genio que pintó la Cena, el genio que modeló el Perseo y el genio que animó con su epopeya ciclopea las bóvedas de la capilla Sixtina. Cuando aquella República, nueva Atenas, cayera definitivamente, Miguel Angel modeló en mármol una mujer desnuda, con la belleza griega, con el alma cristiana, puso el dolor en su rostro, el sueño en sus párpados, y le llamó la noche, indicando que había venido eterna noche sobre la conciencia humana al extinguirse tan clara estrella en su cielo. Y en efecto, Pisa, que animó las pie-

dras; Florencia, que resucitó el genio griego; Génova, que vivificó el comercio y encontró la letra de cambio, y engendró al descubridor de América; Venecia, que llenó con las maravillas de Oriente, empapadas en la primera luz de la creación los días sombríos de la Edad Media, todas rodeadas de series de artistas, cuyas obras forman el oasis de consuelo en el desierto de la vida, todas son Repúblicas. Y Repúblicas aquellos municipios de España, aquellos comunes de Francia, aquellas ciudades libres de Alemania, que contrastaron el feudalismo; que sustituyeron á la justicia del señor la justicia del jurado, que echaron los fundamentos de la propiedad, que son artífices de la libertad y de la democracia. Y República el pueblo alpestre, vencedor en los desfiladeros de los Alpes y en los bordes de sus lagos, como los griegos en las Termópilas y en Salamina, vencedor inmortal de los tiranos. Y República la pequeña nación que robó espacio al mar para establecer sus hogares, verdaderos templos de la libertad del comercio y de la libertad del pensamiento. Y República la sociedad gloriosa que á fines del pasado siglo se alzó, fortalecido su pensamiento en las máximas democráticas del Evangelio, su razón en las ideas de la ciencia, á ponerse á la cabeza del movimiento republicano, que es la honra y la grandeza de América. Y República la que en Francia venció á todos los reyes de Europa, y sembró las primeras ideas de progreso que concluirán por regenerar y democratizar á todos los pueblos de Europa. En alguno de sus libros ha dicho Hegel que al contenido, á la esencia, corresponde invariablemente la forma. Y el contenido, la esencia de la civilización moderna, es la democracia. El advenimiento de la democracia no es un problema; es un hecho. Inútil buscar quién la ha traído. El movimiento hácia este elemento social fué tan grande, tan seguro é incontrastable, que buscar su impulsor sería como buscar quién ha levantado nuestras montañas ó abierto nuestros valles. No tienen arquitecto. El que tal se creyera, el que se imaginara arquitecto de las democracias modernas, pareceríase á los hombres ideados por Voltaire en su *Micro-*

megas, que apenas visibles por su pequeñez á los gigantescos habitantes de otros mundos, teníanse por creadores de todos los espacios y de todos los orbes. No ha traído la democracia ningun hombre, ningun bando político. La ha traído el espíritu cristiano; la irrupcion de las tribus germánicas que sellaron con el sello indeleble de la dignidad humana nuestros corazones; las otras gentes, no ménos guerreras, venidas del Norte á destruir la reaccion carlovingia, á surcar con sus espadas la tierra para poner en ella la idea de la personalidad; las antiguas órdenes monásticas que ungiéron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; el misterioso valladar que detuvo el movimiento de las Cruzadas y obligó á las tribus europeas á buscar en sus propias fuerzas lo que jamás hubieran encontrado en la conquista; la nube de gremios, de asociaciones, de municipios que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á maldecir las calamidades de la guerra; los cismas que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los Concilios de los siglos XIV y XV que reanimaron el genio republicano del Evangelio; los descubrimientos que rehicieron y centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora que puso el fuego de Prometeo en las manos del hombre; la imprenta que dió el talisman de la inmortalidad á las ideas; la brújula que le sojuzgó los mares; el telescopio que le escudriñó los cielos; la América que trajo en su hermosura nueva creacion para la nueva alma; la reforma que reveló como la escuela socrática el númen de la conciencia y la virtud interior de la libertad de creer y de pensar; el renacimiento que reconcilió al genio moderno con la historia antigua y con la naturaleza eterna, que encontró las formas perdidas del arte en el culto al organismo humano; el establecimiento de la república holandesa y el progreso de la república suiza en el corazon de Europa; los viajes de los puritanos al Nuevo Mundo para levantar un templo al dios de la libertad y una sociedad al genio de la revolucion; la filosofía que reveló el derecho natural; las revoluciones que hicieron saltar en pedazos todos los obstáculos opuestos al progreso; la conjuracion de todas las

ideas científicas, de todas las fuerzas vivas: que si los movimientos del planeta y la evolucion de sus organismos convergen á producir el hombre, cima de la creacion, las evoluciones del arte, de la industria, de la política, de las ciencias convergen á producir la democracia, cima de la sociedad y de la historia.

Las esencias producen sus formas. Imagínase Hegel que á la idea, á la esencia de su filosofía, al viajero incansable de sus construcciones científicas, despues de haber descendido del desierto de la eternidad á la vida multiforme de la naturaleza; despues de haberse irradiado por los espacios en soles y en mundos, y de haber subido por las escalas de los mundos á las más altas formas orgánicas; despues de haber entrado en nuestros cuerpos y hasta visto con nuestros ojos, hablado con nuestra lengua, pensado con nuestro cerebro, sentido en la frente el resplandor de la nueva aurora del espíritu absoluto, le dijeran que retrocediese en su camino, que tornara á dormir en el mineral, á trocar el instinto por la inteligencia, el hado de las especies inferiores por la libertad,—no protestaria contra este absurdo aunque se lo impusiera la voluntad misma de Dios.—Pues las naciones modernas han llegado á concebir una idea superior del derecho, una forma digna de esa idea en el Estado; y no retrogradará su conciencia hasta encerrarse en los absurdos organismos de las castas teocráticas en el monstruoso seno de las vacilantes monarquías.

Hegel lo comprendió tambien así; pero su carácter no estaba al mismo nivel de su inteligencia. Filósofo de un estado monárquico, sacrificó en el altar de la monarquía para que en paz le dejaran los poderes públicos proseguir sus investigaciones científicas. Pero toda su filosofía de la historia desmiente sus consecuencias políticas. La historia es el desarrollo del espíritu universal en el tiempo; y este espíritu es la razon de Dios que gobierna al mundo. Decir que algo se desarrolla, es decir que viene á ser en actos lo mismo que era en potencia. El espíritu, esencialmente activo, desarróllase en acciones. Las leyes de la lógica llámense

en el mundo de la naturaleza leyes físicas, y en el mundo del espíritu leyes históricas. Estas leyes tienen carácter racional y científico. En su movimiento eterno los seres y las cosas reciben el impulso de la razón, y van á convertirse en espíritu absoluto, en espíritu con plena conciencia de sí mismo. La Providencia divina, que es poder, que es razón, que es virtud, que es fuerza, ha trazado un plan divino, un ideal divino para gobierno del mundo. Y este plan, este ideal se encarna sucesivamente en la historia. La historia aparece como una verdadera Theodicea. La historia es el teatro verdadero del espíritu; y la esencia del espíritu es la libertad, como la esencia de la materia es la gravedad, la pesadumbre. La historia es la série gradual de vicisitudes por donde ha pasado el espíritu humano para llegar á la libertad y á la conciencia. El Oriente ignoró por completo la libertad. Así su religion fué como la confusion del hombre en la naturaleza. Allí no hubo libertad sino para uno sólo; para la especie de dios, que se llamaba rey. Los griegos y romanos extendieron la libertad, la proclamaron para algunos, mas en sus respectivas sociedades quedó la esclavitud. A la raza germánica corresponde el privilegio histórico de haber traído al cristianismo la idea de la libertad personal, de la libertad debida al hombre, no como ciudadano de este ó aquel Estado, sino como persona moral. Mas para aplicar este principio á la religion, á la vida, al derecho, á la política, han sido necesarios esfuerzos verdaderamente gigantescos por su intensidad y seculares por su duracion. La historia del mundo es la historia de la libertad, y la libertad busca la perfeccion en su desarrollo progresivo. El que no comprenda así la vida, no comprenderá el espíritu. La historia será para él una tragedia donde combaten pasiones encontradas, y que tiene por eternos protagonistas, ya el hado, ya el acaso. El espíritu pasa, al adquirir su libertad, su conciencia; y al realizar su perfeccionamiento, por diversos estados históricos. Y no hay Estado histórico que no se crea definitivo y que no oponga resistencia al desarrollo espiritual y humano. De aquí grandes conflictos en que la victoria definitiva toca siempre

á la libertad y á la conciencia. El espíritu se ha confundido con la naturaleza en Asia; ha distinguido al hombre de la naturaleza en Grecia y Roma; ha llegado á la idea plena de su libertad en el mundo germánico-cristiano, en Europa y América. Ninguna fuerza ha podido emprender este desarrollo. La humanidad ha llegado á su madurez completa. Esta última edad tiene tres épocas: irrupciones germánicas; feudalismo é Iglesia; tiempos modernos, razón y libertad. El descubrimiento de América fué el alborar de este dia; la Reforma fué su mañana, la Revolucion francesa su plenitud. El hombre se siente henchido de libertad, y la libertad henchida de espíritu divino. Y no quiere ya reconocer la diferencia entre sacerdote y laico, ni la diferencia entre monarca y vasallo. La edad de la razón se fortalece desde la paz de Westphalia, que asegura la libertad religiosa hasta las revoluciones modernas, que revelan el derecho. Decimos á esta edad última edad de la razón porque conoce las leyes de la justicia y del derecho. La verdad que Lutero creyó encontrar en el libro histórico, en la *Biblia*, la busca todo hombre en el libro eterno, en la conciencia. Pero el hombre no es solamente razón, es también voluntad. Se necesita completar la soberanía de la razón humana con la soberanía de la voluntad humana. En Francia Rousseau proclamó el derecho de los pueblos; y en Alemania, Kant y Fichte dijeron que el hombre sólo debe querer su libertad. En Alemania la idea era más libre, y siguió su camino más sosegadamente. En Francia la idea era más perseguida, sobre todo por la Iglesia, y estalló la revolucion. Se ha dicho que la revolucion francesa provino de la filosofía, y la filosofía no debe negarlo, debe reconocerlo, porque la filosofía no es solamente la razón pura, sino también la razón viviendo, la razón realizándose en el mundo, y vino la tempestad, porque la idea progresiva tuvo que romper la oposicion vieja y formidable del Estado histórico. Para evitar este conflicto se necesita que nada haya tan sagrado á los ojos de gobernantes y gobernados como el derecho. Así desarrollaremos el espíritu humano hasta

legar á su plenitud y á su perfeccionamiento. Hé aquí la teoría de Hegel. Decidme si el filósofo que piensa así, que enciende este ideal en la mente, que traza este plan á la historia, que dicta las leyes del progreso, que ve al espíritu elevarse desde la naturaleza á la ciencia, puede querer, sin contradecirse radicalmente con sus principios, que todo este progreso humano se detenga ó retroceda ante la sombra de la monarquía.

Y la filosofía del progreso aún aspira á más en su desarrollo, en su crecimiento; aún aspira á más que á encerrar el espíritu en la vida social. La política aparece á sus ojos como humilde esfera; el Estado como organismo positivo; la autoridad, á pesar de sus últimos progresos, como potencia exterior, necesitada de fuerza de coacción para cumplir sus más inmediatos fines; en tanto que el espíritu, aspirando siempre á mayor libertad, á mayor independencia, no puede encontrarlas sino fuera de su cárcel y de sus cadenas materiales; allí donde es creador, donde sacude de sus potentes alas todo el barro terrestre, en los cielos del arte. Mientras que en el Estado el espíritu, desceñido ya de la naturaleza y sujeto á fuerza más ideal, obedece, sin embargo, á la fuerza; en el Arte sólo se obedece á sí mismo, en el Arte el espíritu sólo obedece al espíritu. Y no solamente se emancipa del Estado en la cima de este luminoso Tabor; se emancipa también de la naturaleza, se emancipa de todo lo visible, y se recrea en la contemplación de sí mismo, y se absorbe en su incommunicable esencia, y se acerca á Dios. No, no destruye ninguna de sus anteriores manifestaciones; no reniega de ninguno de los antecedentes y grados de su vida; no rompe la escala misteriosa por donde ha subido á la posesión de esencia; encerrado primero en la lógica, despues en la naturaleza, pasando de la naturaleza al Estado y del Estado al Arte, no destruye ninguno de los términos anteriores de su vida; los toma por base, por pedestal, de la misma suerte que la tierra agrupa sus armoniosos organismos para que sirvan á su obra maestra, á la estatua que remata el planeta, al hombre y á su conciencia. Poeta-artista, ya eleve

un monumento de grandezas, ya transforme el frío mármol en estatuas donde el espíritu y la naturaleza se abrazan; ya anime con sus colores y matices, con sus creaciones, las tablas y los lienzos; ya arranque á las vibrantes cuerdas divinas melodías, ó se eleve á las inspiraciones épicas, á los dolores trágicos, siempre será sacerdote de lo infinito, ángel de regiones etéreas, Verbo de un mundo ideal, superior al universo, mundo de libertad, en que se identifican la idea con su objeto, se tocan el cielo y la tierra, se confunden la criatura y el Criador.

Mirad como las artes van separándose progresivamente de la materia. En la arquitectura la materia con su grandeza abruma el espíritu; las piedras talladas no pasan de símbolos muy alejados de las alturas á que las ideas tocan; arte primero equivale al mundo mineral en que tiene relativamente su magnitud, sus moles, sus proporciones, y no tiene aún la gracia, la belleza, la variedad de ideas que alcanzan otras formas del arte. El escultor usa también de materia, pero la trasfigura, la espiritualiza, la acerca más á la forma orgánica, la sujeta á expresar las ideas; la obliga á manifestar inmediatamente la esencia de la idea, y la eleva hasta confundirla con el tipo perfecto de la humana belleza. La escultura, sin embargo, no puede expresar el alma, el mundo interior; este ministerio lo desempeña el pintor, en cuyos colores, en cuyas figuras, en cuyas escenas, más cercanas á la vida interior, comienza á alborrear el espíritu y á dilatarse la esfera intermedia entre las artes plásticas, las artes de la forma y las artes espirituales, las artes verdaderamente expresivas de las ideas, expresivas del alma. La música más vaga, ménos material que las otras artes, ya entra en el mundo del espíritu y expresa lo más íntimo del sentimiento. Pero el arte por excelencia, el que resume toda la vida humana, el que expresa con mayor unidad y variedad á un mismo tiempo la esencia del espíritu, la identificación de lo finito con lo infinito, el soplo creador de Dios, difundándose por el espíritu, y el espíritu elevándose á lo divino, es la poesía.

Pero el arte no es el grado último del

espíritu absoluto; hay otro grado superior, hay la religion. Como el arte tiene tres términos; simbolismo ó predominio de la forma sobre el fondo en Oriente; clasicismo ó armonía del fondo y de la forma en Grecia; romanticismo ó predominio del fondo sobre la forma en el mundo cristiano, la religion tiene tambien tres términos. Lo que el mundo mineral en el desarrollo de la materia, lo que la arquitectura en el desarrollo de las artes, el panteísmo materialista del Oriente es en el desarrollo de la idea religiosa. Dios lo llena todo, lo representa todo, lo absorbe todo, está en los cielos y en la tierra, en los templos de sacerdotes y en los palacios de los reyes. La criatura, aún la misma criatura humana, de ninguna manera merece compararse ni con el polvo que levantan las ruedas del carro de Dios en los espacios infinitos. De la libertad no hay idea. Pero el espíritu religioso se transforma. Un nido de perlas sirve á esta transformación. Grecia tendida sobre los mares como una hoja de morera, rodeada de islas que parecen sirenas, ceñida por un cielo resplandeciente, surcada de montañas donde el mirto y la adelfa crecen como para coronar á los poetas, esmaltada de templos armoniosísimos como si fueran liras de piedras, poblada de dioses, nacidos en los cánticos de Homero, modelados por el cincel de Fidias, verdaderos reflejos y criaturas de la inspiracion artística: que así como en Oriente la divinidad lo llena todo con su esencia, lo llena todo con su libertad en Grecia el hombre. Mirad como la idea se desarrolla. Asia ha producido Dios y no el hombre; Grecia ha producido el hombre y no Dios; pero Dios y el hombre se encuentran concebidos, pensados, aunque separados al concluir la antigua historia, y viene á reunirlos por medio del Verbo, el cristianismo, la religion de lo absoluto, la religion del Hombre-Dios.

Pero ni el arte ni la religion realizan la esencia del espíritu. El espíritu absoluto se realiza completamente en aquella esfera superior, en la filosofía, donde tiene por objeto único la verdad entera; donde el sér llega por fin, despues de tantas sucesivas transformaciones, á la plenitud completa de

su vida y á la absoluta posesion de su conciencia. Lo infinito, lo absoluto tiene de sí mismo conocimiento en la filosofía, donde termina este largo viaje del sér, de la idea, desde la pura lógica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado al arte, desde el arte á la religion, desde la religion á la filosofía; donde adquiere la plenitud, como hemos dicho, de la vida, la posesion de la conciencia, llegando á ser espíritu absoluto.

EMILIO CASTELAR.

RUBENS

DIPLOMÁTICO ESPAÑOL.

SUS VIAJES Á ESPAÑA,
SUS GESTIONES COMO AGENTE DIPLOMÁTICO SECRETO
ENVIADO POR FELIPE IV A CARLOS I DE INGLATERRA, Y NOTICIA DE LAS
OBRAS DE SU MANO QUE AÚN SE CONSERVAN EN MADRID.

(Continuacion.)

Habia mandado Su Magestad que se tratase al Príncipe *con las mismas ceremonias que su persona acostumbraba*; que se escribiese á los prelados de sus reinos para que cada uno hiciese de muy *grandes veras*, encomendar á Dios las cosas que ocasionaron la venida á España del Príncipe (Céspedes, *Historia de Felipe IV*); tambien se escribió á algunos grandes, ponderándoles la obligacion en que el de Gales le habia metido con venirse á sus reinos, y el deseo que tenia de agasajarle, para lo que les rogaba que le ayudasen; y para más demostrar sus deseos, comunicó á sus Audiencias y Consejos, que cuanto el Príncipe les ordenase de cosas de gracia lo cumpliesen. Durante la permanencia del de Gales en la córte, fueron tantas y tales las fiestas, los regocijos, agasajos y muestras de respeto, estimacion, cariño y aún amor que se le prodigaron, que no habia memoria de haberse hecho jamás tales extremos con príncipe alguno en todos estos reinos. El rey Jacobo, más que admirado de cuanto pasaba, y sabiendo ser todo obra exclusiva del Conde-Duque, escribióle muy atento, tanto para agradecerle el recibimiento hecho á su hijo, cuanto porque, como buen político, sabia

lo que le importaba tener al favorito de su parte. Agradó al Príncipe la Infanta, mandóse á Roma al Duque de Pastrana en consulta del caso (que por cierto se cubrió de gloria en el camino, tomando en la mar vajeles piratas, y haciendo crecido número de prisioneros), formáronse dos juntas de teólogos que informaran sobre el casamiento, y como todas estas consultas fueran favorables, *llegó á juzgarse arreglado todo, fijándose día para los desposorios. Mas por las causas indicadas, ó por otras que cubre aún el misterio, lo cierto es que... el Príncipe se marchó de Madrid con tan buen semblante como agraviado en el fondo, dejando poderes para continuar las negociaciones: pero allí quedaron.* Esto dice el más enterado, el de mejor juicio y más sabio criterio de cuantos historiadores antiguos y modernos han tratado el período de la dinastía austriaca, el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, en su *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España.*

Ajeno de este lugar sería detallar las fiestas todas, las demostraciones de amor y respeto que se hicieron al Príncipe, y lo muy regalado que fué también, tanto por parte del Rey, como de los grandes y poderosos de la corte; no siendo menor, en verdad, la esplendidez que él demostraba en todo, así en el lujo de su persona y séquito, como también por las adquisiciones que hizo, pues asegura Lope de Vega, en su *Dicho y deposición* sobre el Pleito de los pintores, publicado por Carducho, *que el Príncipe hizo buscar con notable cuidado todas las mejores pinturas que se podían hallar, las cuales pagó y estimó con excesivo precio, aunque desgraciadamente más fueron en número y mejores en calidad las que le donaron el rey y los magnates, conociendo su amor á las artes.* Pruébalo sobradamente mencionar que la célebre *Danae de Ticiano*, conocida hoy en el museo de Louvre por la *Vénus del Pardo*, fué uno de tantos cuadros que le donó la munificencia del cuarto Felipe.

Pero dejando para más propio lugar la lista de estos dones, opinemos con el señor Cánovas, que *lo que movió á Olivares á obrar de tal suerte fué el sentimiento ge-*

neral del país, que debía mirar con muy malos ojos, despues de tanto como se habia predicado contra los protestantes, el enviar una infanta á ser reina de ellos, pues ya á aquella hora era más fanática la generosidad de la nacio' que la cortó á los Consejos, y el mismo Santo Oficio: porque siempre que echan raíces en los pueblos opiniones verdaderas ó falsas, cuesta tanto arrancarlas, por lo ménos, cuanto costó arraigarlas. En prueba de esta opinion, dice Céspedes y Meneses, *que en tanto que en las graves juntas de ministros y de teólogos resolvian dudas consultadas del repetido matrimonio, no así los súbditos de España se conformaban igualmente en desear su ejecucion. La oposicion de religiones, y aquel ejemplo lamentable de Enrique VIII y Catalina, antecesores del de Gales, desacreditaban sus promesas y la esperanza del vínculo.*

Aun cuando no adolecía la corte del cuarto Felipe del fanatismo religioso que la de su padre, sobrábale, sin embargo, bastante para que la repugnara unirse en tan estrecho lazo con los enemigos de la fe; y si bien esta intransigencia pudo por el momento inducir al Conde-Duque á desechar alianza que tan útil pudiera haberle sido para combatir á su sombra la heregía misma en Holanda, quiso la suerte, quizá más que la prudencia, que resultara más tarde grandemente provechosa para la Infanta novia, y aún para España, la cruel repulsa que recibió el de Gales.

Partió el Príncipe de Madrid para Paris con el Marqués de Mirabel, nuestro embajador en aquella corte, con gran gala y esplendor, y colmado de ricos dones, el sábado 9 de Setiembre, despues de haber jurado el día 7, en manos del Patriarca de las Indias, sobre los Santos Evangelios, el cumplimiento y observancia de las convenidas capitulaciones matrimoniales; habiendo hecho lo mismo por su parte el rey Felipe IV, y quedando con poderes el Infante D. Carlos y el Conde de Bristol para verificar los esponsales, tan pronto como llegaran de Roma la disposicion del nuevo Pontifice. Es de notar que al despedirse de la Infanta, sirviéndole de intérprete su em-

bajador el de Bristol, le diese ella misma una carta de su mano para una monja del convento de Carrion de los Condes, tenida en olor de santidad, rogándole que, pues habia de pasar por allí, la visitara y entregase el papel, porque en él la rogaba que encomendara á Dios su viaje. Encargóle además muy mucho que protegiese á los católicos ingleses, *representándole con veras que por cualquiera arriesgaria vida y salud*. Bastaria por sí sólo este detalle para demostrarnos, si no hubiera otras muchísimas pruebas mayores, que la intencion de España era acceder á este matrimonio si lograba convertir al Príncipe á la fe católica, como más seguro medio de dar libertad á los católicos ingleses.

Obligóse el Príncipe á cumplir los deseos de la Infanta, y detúvose hora y media en Carrion conversando con la monja, quien con fanática grosería no dejó de demostrarle su desagrado por el negocio y la visita; debiendo haber producido el mismo mal efecto en el Príncipe la ruda franqueza de la monja, pues aceleró su marcha de manera que al llegar á Santander el 21 de Setiembre, sin pararse ni descansar, se embarcó en los galeones ingleses que en aquel puerto le estaban esperando. Si irritado dejó el de Gales al pueblo español contra este proyectado matrimonio, no halló ménos contrario á ello al pueblo inglés, que con júbilo le veia tornar á las islas soltero, juzgando ya rotas las negociaciones. Uniéronse á estos deseos los de las naciones enemigas de España, que con gozo veian el mal camino del negocio, y que con todas sus fuerzas comenzaron á procurar que por completo fracasara. Pronto consiguieron que se ordenase al embajador de Bristol que presentara al Rey Felipe condiciones muy diferentes y más duras de las acordadas, precisamente en los momentos en que llegaba á Madrid la dispensa esperada del Papa, y se señalaba el dia para los desposorios. Por aquellas extrañas exigencias, y porque, al decir del historiador Céspedes, Dios, *que miraba por el bien de España, y no deseaba nuestro mal*, hizo volver lo de abajo arriba, poniendo una montaña inaccesible por haberse sabido entónces (coincidencia que la sinceridad his-

tórica no puede admitir) que el de Gales habia dejado á su embajador el de Bristol, ántes de partir de Madrid, un papel, en que le decia: *que muy presto le haría saber su voluntad, y que en el interin no diese ningunas cartas á la Infanta, ni el título de Princesa* (que ya se le daba en la córte), *ni la pidiese audiencia más, con lo cual comenzó esta gran máquina á desmoronarse, y últimamente á deshacerse*. ¡Tan frágiles eran sus cimientos, y tan mentidas las simpatías que oficialmente se demostraban ambas coronas! No es dudoso que hubiera algunos deseos en los gobernantes de España é Inglaterra de consolidar la paz, pero ni el espíritu español se lo permitía al Conde-Duque, ni el Parlamento se lo consentía al Rey Jacobo; y así fué que los clamores de aquel y los actos del Parlamento, caminando ambos al mismo fin por opuestos caminos, en alas de sus sentimientos religiosos opuestos y enemigos implacables (áun al presente), dieron motivo para que nuestro embajador extraordinario en Lóndres, el Marqués de la Hinojosa, que habia acompañado al Príncipe, se viera forzado á abandonar su residencia, por más que el Rey Jacobo, ménos violento, tratara de satisfacerle en algo, aunque por pura cortesía. Porque bien presto, manifestando España que su conducta no reconocia más norte en sus acciones que la *prosperidad y aumento de la Iglesia católica*, se comenzó el concierto de una liga, cuyos esenciales fines iban encaminados á unirse contra el Imperio y contra España para la restitucion del Palatinado al Conde desposeido, de la Valtelina á los Grisones, y para socorrer á las rebeldes provincias de Holanda en su guerra contra España. Anudábase esta liga con el casamiento del de Gales con María Enriqueta de Borbon, hermana del Rey de Francia Luis XIII. Habia, pues, triunfado la política francesa. El Rey cristianísimo, ménos escrupuloso, no vaciló, como el católico, en dar su hermana al protestante, siendo tan católico como la Infanta; prestábase con ello, y más aún, contribuian poderosamente á la persecucion de los católicos ingleses, y armábase y guerreaaba contra los monarcas que de ellos eran el sosten y amparo, al mismo tiempo que

combatía á sangre y fuego dentro de sus propios y naturales límites á los hugonotes ó reformistas franceses. Aberraciones por este estilo presenta muchas la historia, que explica también su razón de ser en las pasiones que excitan los intereses particulares del momento á bastardos fines encaminados.

Decidida ya la política del rey de Inglaterra, comenzaron luego las vejaciones y persecuciones de los católicos de aquel país; dióle el Parlamento recursos para la liga, y permitióse públicamente el reclutamiento en la Gran Bretaña de tropas para los rebeldes holandeses, al mismo tiempo que abandonaba á Londres el Marqués de la Hinojosa, y se ordenaba á su compañero de misión, el embajador ordinario D. Carlos Coloma, que marchase á ocupar su gobierno de la tierra y castillo de Cambray, dejando únicamente al secretario de la Embajada.

En esta formidable liga ofensiva y defensiva contra la casa de Austria, y principalmente contra España, se invitó á que entrara, bajo promesas de rescatarle ciudades que había perdido, al mismo Pontífice: el rey de Francia en ella se obligaba á sostener gruesa armada en Marsella contra las naves españolas del Mediterráneo, y á mantener en Italia un ejército de veinticinco mil infantes y cuatro mil caballos: los duques de Saboya, hartos de recibir mercedes y servicios del rey católico, apresuráronse á pagarlos con pérfidias, dolos y traiciones, según tradicional costumbre de su casa; y además de abrir la entrada de Italia por sus montañas de la Saboya, se obligó á mantener á su costa, para formar parte del ejército contra España, un cuerpo de seis mil doscientos soldados: los venecianos prometieron doce mil, y pagar juntamente en Francia las compañías de suizos y grisonos que bajasen á la guerra; y el rey Jacobo á atacar las costas españolas del mar Océano con cien naves dotadas de un ejército de desembarco, y á proporcionar al holandés un cuerpo de ejército de quince mil hombres. Unía también sus fuerzas en nuestra contra la Dinamarca, y cobraban mayor brio los rebeldes de Flandes. Formidable era el enemigo que enfrente de España se presentaba, y grande el esfuerzo necesario para contrarestarle. No

había ya ni el dinero suficiente, ni las fuerzas bastantes para sostener y vencer tan terrible abalancha de enemigos, pero sobraba aún valor para resistirlo, y había algunos, aunque pocos, buenos generales y denodados veteranos; que el valor fué la última de las virtudes que perdió en su ruina la potente monarquía austriaca de España.

Dejando á un lado las guerras de Italia en la Valtelina, las del Imperio en Alemania, las de Flandes y las que en las Indias manteníamos contra holandeses, todas simultáneas, sigamos nuestro propósito de relatar no más que nuestras contiendas y relaciones con ingleses, quienes no se daban en verdad gran prisa en aprestar su escuadra del Océano. Entre tanto, y á 6 de Abril de este año de 1625 que historiamos, murió el rey Jacobo, y ocupó inmediatamente su trono con el nombre de Carlos I el príncipe de Gales, desapareciendo con su advenimiento, al poder toda sombra de obstáculo á la política hostil á España, mayormente aún con el matrimonio que contrajo el nuevo rey en María Enrique de Borbon, que en el próximo mes de Junio pisó las playas de la Gran Bretaña. Ocupáronse, pues, con grande impulso aquel verano los arsenales ingleses en aprestar la escuadra que había de dirigirse contra España, que en el mes de Octubre pudo hacerse á la mar, compuesta de cien velas, con trece mil hombres á bordo, al mando de Lord Wimbledon.

Era jefe de nuestra armada del Océano D. Fadrique de Toledo, bravo, experimentado y prudente marino; hallábase con la mejor y mayor parte de las naves castellanas y portuguesas y un cuerpo de ocho mil hombres de desembarco, en las costas de la América del Sur guerreando contra holandeses, para desinfectarlas de enemigos. Recibió el de Toledo aviso en el mes de Agosto en Fernambuco, por una carabela que desde Lisboa le despachó el Marqués de la Hinojosa, noticiándole que el inglés había hecho decir que iría con fuerte armada en su busca; con lo que, advertido, supo prevenirse y ajustar su derrotero para volver por más seguras mares, á fin de excusar el encuentro; pues con el exiguo número de naves que traía y su escasa tripulación, y lo fatigada y mermada que

venia, á causa de haber presidiado convenientemente aquellos mares, fuera temeraria imprudencia presentarse ante fuerzas de refresco y más de cuatro veces mayores en número á las suyas, y tanto más cuanto que si lograba tocar en salvo á las costas de España, luego de llegar á ellas podría ser de gran utilidad para evitar algun premeditado ataque del inglés. Mal trecho, y con pérdida de dos cascos entró en Málaga impelido por los vientos, que no le permitieron tocar en Cádiz, á 24 de Octubre, con parte de su armada, pues la otra restante, aún más mal trecha y con mayores pérdidas, arribó á Lisboa, aunque con la fortuna de no haber sido avistada de la inglesa, que en los mismos dias surcaba iguales mares en direccion opuesta.

El de Hinojosa, que gobernaba en Lisboa, apercibiase como podia juntando algunas velas para la defensa del puerto y la ciudad, que acrecentó con el arribo susodicho; pero por avisos que tuvo y por la rudeza del tiempo, llegó á creer que la armada inglesa se habia deshecho en los mares y vístose obligada á arribar á sus costas. Los ingleses, por su parte, bien porque estuviesen avisados de que el de Hinojosa les esperaba apercibido para la defensa, ó bien porque les llamaba la codicia de hacer presa en algunos galeones de los que se esperaban en Cádiz de las Indias, con los que pudiesen resarcirse de los gastos crecidos que la expedicion les costaba, se corrieron hácia la boca del Estrecho, haciendo de Cádiz el objeto de sus rapiñas.

Gobernaba á la sazón la ciudad y puerto de Cádiz D. Fernando Giron, anciano y achacoso, pero bizarro y decidido, como viejo soldado de los buenos tiempos. No creía que, despues de tanto tiempo y á boca de un invierno que tan rudo se presentaba, se habria de arriesgar el inglés á aportar por aquellos mares; y aunque no del todo desapercibido, se mostraba con demasiada confianza. Aumentáronse algun tanto sus pequeños recursos con la entrada en Cádiz de las naves procedentes de la armada del Brasil, que mandaban Roque Centeno, el Marqués de Torrecusso y D. Rodrigo Santistéban, Marqués de Coprani, los cuales

con el valeroso Diego Ruiz, ayuda de campo de Giron, y principal y mayormente con el magnate de Andalucía Duque de Medinasidonia, habian de ayudarle á suplir la falta de gente y de defensas. El dia 4.º de Noviembre, hallándose en misa D. Fernando, fué avisado de la llegada de las naves inglesas, é inmediatamente despachó correos al de Medinasidonia, á las villas cercanas, á las principales ciudades andaluzas, á los puertos de la costa de Africa y á la misma córte, noticiando el peligro y pidiendo inmediatos y poderosos auxilios. A poco de señalarse las velas en el horizonte, víoselas encaminar tan decididamente á la bahía, que muchos creyeron que no eran naves enemigas, sino ántes bien galeones de la flota de Indias, pues tan naturalmente se iban entrando. Hubo tiempo, sin embargo, para que, haciéndose paso la verdad, se retiraran á amparar en la Carraca veinte y seis naves de Nápoles y las procedentes del Brasil, que demasiado confiadas permanecian surtas en la bahía, casi en los momentos en que abocaban á ella las inglesas. Al siguiente dia contábase ya en Cádiz, entre paisanos mal armados y soldados viejos, hasta cuatro mil hombres, con que hubo para fortalecerse algun tanto, aunque tambien aumentaba más el peligro, porque no guardaba la ciudad pertrechos y vituallas más que para sostener por sólo tres dias á tantas bocas. Aquel mismo, y con temerario denuedo, arribó á Cádiz el duque de Fernandina con solas cinco galeras, y forzando el paso y batiéndose con extraordinario brío y español arrojo, atravesó por medio de las cien velas inglesas, abriéndose paso y tomando el puerto, con tan buena suerte, que no perdió ni una sola nave, y causó algun daño á tantas enemigas. En el ínterin, los ingleses atacaban al Puntal, y desmontaban sus piezas, echando á tierra suficiente número de soldados, lograron bien pronto que el escaso presidio que lo defendia hubiera de desampararlo, saliendo de él con todos los honores de la guerra. Consecuencia de la toma del Puntal fué el desembarco, hecho al otro dia, de diez mil hombres, y su atrincheramiento en él; aunque no lo lograron sin que Diego Ruiz, que, como dicho queda,

era teniente del Maestre de Campo General, y gran soldado, con solos quinientos hombres decididos y bien dirigidos, les causara muchas bajas y entorpeciera grandemente la función, sin pérdida ninguna de su parte. Habían llegado ya el de Medinasidonia, y el de Osuna, y los auxilios de las villas andaluzas; pero no bastaba, ni para resistir el empuje que pudiera dar el enemigo, ni aún siquiera para aparentar que la ciudad se hallaba bien socorrida. Para ello ideó Ruiz colocar toda la gente de manera que pareciera ser sólo las vanguardias de los defensores, é hiciese suponer que cuando de tal manera aquellas se presentaban habria forzosamente de tener detrás de sí considerables fuerzas que formarían el grueso del ejército. A todo asistía y á todo proveía, y á todos los jefes ocupaba, haciendo llegar el socorro á donde era más urgente el veterano Giron, que sentado en un sillón de brazos se hacia conducir á donde más necesaria era su presencia (1), escarmentando fuertemente al inglés cuantas veces intentaba nuevos ataques á los puntos avanzados de la ciudad. Mermadas las fuerzas de Lord Wimbledon por la grande resistencia que hallaban, sin poder adelantar en la invasión, y juzgando por estos resultados que los refuerzos que en Cádiz habria serían superiores á las suyas, ó temeroso quizá de que pudiera verse obligado á reembarcarse por alguna derrota con el desorden natural en estos trances, desgracia que podría llegar á comprometer sus

(1) En el Museo del Prado de Madrid, y señalado con el núm. 151 antiguo, 697 moderno, se guarda un cuadro de grandes dimensiones, de figuras del tamaño natural, pintado por el pintor del rey Eugenio Caxes, en que se representa á D. Fernando Giron sentado en silla de manos, con traje negro, y con vengala de mando y muletila de apoyo, dando órdenes á su teniente Diego Ruiz, á quien acompañan, al parecer, el Corregidor de Jerez D. Luis Portocarrero; viéndose en otro grupo, á la derecha del cuadro, el Duque de Fernandina, D. Rodrigo Santistéban, Marqués de Coprani y Roque Centeno. Distínguese en el fondo la mar y la playa, y á los ingleses embarcándose precipitadamente, acosados por los españoles. Pintado este cuadro en la corte de Felipe IV, y poco despues de estos sucesos, no deja duda alguna en cuanto á la veracidad de los personajes retratados, y es prueba patente de la importancia grande que se dió á la resistencia de Cádiz y mal suceso del inglés.

naves si en aquellos momentos los tiempos y la mar le eran adversos, lo que era muy probable, tanto por la adelantado del invierno, cuanto porque ya habían llegado á su noticia los formidables aprestos que se hacían en todo el reino para ir en su contra; corrido y mal trecho se reembarcó precipitadamente, con pérdida de treinta velas y más de mil soldados, y sin más hazañas que haber abordado dos barcos mercantes y quemado una ermita en el Puntal, y arribó á Plymouth la tan temida escuadra inglesa en el mes de Diciembre.

Grande fué, en efecto, la impresion que causó en Madrid y en toda Castilla la insolencia del Inglés, pero mayor fué aún el patriótico entusiasmo con que Castilla entera respondió al llamamiento que se la hacia por su rey para defenderse. Acordóse la formación de un ejército que habia de mandar el valiente y experimentado veterano de Flandes D. Agustin Mexía, maese de Campo General y del Consejo de Estado; y no hubo noble, ciudad, villa, soldado ni caballero que no volase á ponerse bajo las banderas del Mexía. Aún habia en España restos de aquellos hombres prodigiosos del pasado siglo, pues aún no habia llegado su aniquilamiento hasta el punto que llegó pocos años despues.

Todo parecia que era igualmente venturoso en estas jornadas para España; porque el temor grande que justamente se tenia de que la armada inglesa se hubiese hecho á la mar en busca y espera de la flota de las Indias, que habria de arribar á Cádiz de un dia á otro, desaparecieron bien pronto viéndola entrar salva y completa en la bahía el dia 29 de Noviembre, sin haber divisado nave inglesa, ni en travesía, ni en las cercanías de nuestras costas (1), al mismo tiempo que la flotilla, que la Infanta doña Isabel Clara Eugenia, gobernadora de la Flandes, armaba un Dunkerke, lograba, con el favor de los vientos y su arrojo, causar daños grandes á la costa rebelde de Holanda, deshacer su escuadrilla, compuesta de naves

(1) Tal extrañeza y asombro causó este hecho que se mandaron dar por él gracias al Todopoderoso en las iglesias.

inglesas y holandesas y hundir en el mar muchas de ellas, obligando á las restantes á tomar puesto en las costas de Inglaterra, y destruir las ricas pesquerías de los rebeldes, sin pérdidas de nuestra parte y con harta gloria y notable provecho.

Terminaron con estas empresas las hostilidades por parte de Inglaterra; pero no quiso el Conde-Duque, ciego por los triunfos que erróneamente se achacaba, contentarse con la ventaja que habia alcanzado desde las costas de Flandes, pues cuando Francia sostenia el sitio de la Rochela, que defendian los protestantes franceses auxiliados por fuerzas inglesas, precisamente cuando más le convenia la quieta expectativa, se prestó á auxiliar al Cardenal de Richelieu con una flota de cincuenta velas que pasara á hacer daño á las costas de Inglaterra é Irlanda y distrayendo del sitio, llamadas por necesidad del socorro de su propio país, las naves y los hombres que auxiliaban á los recheleses. Prestóse cándidamente á su ruina el de Olivares, y mandó en aquel invierno la citada escuadra, la cual mal trecha de los temporales, hizo lo mismo que la inglesa en Cádiz en 1629, que fué volverse con pérdidas á sus puertos.

En este estado se hallaban las relaciones entre España é Inglaterra, á consecuencia de los hechos que quedan referidos, cuando comenzaron las negociaciones diplomáticas para la paz, que en los siguientes capítulos se relatan.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

ELENA.

IDILIO DE A. TENNYSON,

PUESTO EN VERSO CASTELLANO

POR

LOPE GISBERT.

X.

Mas cuando de la liza Lanzarote
Despues de combatir huyó aquel dia,
Su bando, caballeros del extremo
Oeste y Septentrion, de yermas islas

Reyes, ó Lores de desiertas marcas,
Acudieron al Rey, al gran Pendrágon,
Diciéndole.—«Señor, el caballero
Por cuyo fuerte brazo en el torneo
Quedamos vencedores, mal herido
Salió y su premio abandonó, clamando
Que era su prez la muerte.»—«No permita
El cielo, dijo el Rey, que tan valiente
Caballero, segundo Lanzarote;
Sí, Lanzarote le creí cien veces,
Sea por nos descuidado. Levantaos,
Gawein, sobrino mio; sin demora
Cabalgad, y buscad al caballero.
Herido y fatigado ha de estar cerca.
Y en cuanto al premio, Reyes y Señores,
Yo sé que todos le juzgais bien dado;
Que aquello fué un prodigio. Y por lo tanto
Queremos nos con honra desusada
Honrar á quien tal hizo. Si él no viene
Su prez á reclamar, se le enviaremos
Nos mismo. Tomad, pues, ese diamante,
Y dádsele, y tornad trayendo nuevas
De quién es y dó mora y cuál se halla;
Y no pareis hasta encontrarle.»

Hablando

De esta manera Arturo, en la esculpida
Flor á que sirve de boton precioso
Tomó el diamante. De su diestra entónces
Donde estaba sentado levantóse
Con rostro alegre, pero torva el alma
Gawein, apellidado el Cortesano,
Príncipe hermoso y fuerte, en lo florido
De Mayo vigoroso, reputado
Por el mejor despues de Lanzarote,
Tristam, Geraint y Lamorack: mas siendo
Hermano de Sir Módred, era astuto
Cual todos en su casta, y fiel no siempre
A la fé prometida. Grande enojo
Siente al oír tal órden que le obliga
A abandonar la fiesta y el concurso
De Reyes y de grandes, é ir en busca
De aquel desconocido: pero calla
Y cabalga, y se va.

XI.

Y en tanto Arturo,
Acabado el banquete, con sombrío
Rostro pensaba:—«¿Acaso el encubierto
Seria Lanzarote, que ganoso
De nueva gloria á combatir viniera

A pesar de su herida, y que añadiendo
A la antigua otra nueva, huyó del campo
Para morir quizá?» Con esta pena
Pasó dos días y volvió á la corte,
Y vió á la Reina, y la abrazó, y afable
Así con ella departió.—«Amor mio,
¿Estais enferma aún?»—«No, señor mio.»
—«Y Lanzarote ¿dónde esta?» Aterrada
Ella exclamó.—«Pues qué ¿con vos no es-

[tuvo?
¿No ganó el premio?»—«Él no: le llevó otro
Muy parecido á él.»—«Pues era él mismo.»
—«Y ¿cómo lo sabeis?»—«Señor, apenas
Partisteis á la justa, Lanzarote
Me habló de esa opinion vulgar que dice
Que al solo influjo de su nombre caen
Sin esperar el bote de su lanza
Los hombres en la lid. Quiso su nombre
De todos ocultar, áun de vos mismo,
Y con la excusa de su antigua herida
Decir que no justaba, decidido
A combatir de incógnito, probando
Si su antigua pujanza decrecia.
Y despues añadió: cuando lo sepa
Nuestro buen Rey perdonará mi falta,
Que amor de gloria cometer me hace.»

El Rey le respondió:—«Mejor hiciera
Si en vez de andar con la verdad jugando
Nuestro buen Lanzarote, su secreto,
Cual le fió de vos, de mi fiara:
Que yo su Rey y más cercano amigo
Supiérale guardar. Antojadizos
Mis caballeros son; lo sé, y no extraño
Ver una prueba más; y en otro caso
De la aprension pueril me reiria
De nuestro buen jayan. Pero ¡ay Señora!
Malas nuevas os doy: sin conocerle
Sus amigos y deudos le embistieron;
Y él, aunque vencedor, muy mal herido
Salió del campo. Pero voy á daros
Buenas nuevas tambien: ya Lanzarote
No es cual siempre juzgamos un desierto
Corazon sin amores; pues traia,
Cosa no vista en él, prendida al yelmo
Una banda escarlata, de preciosas
Perlas bordada, que le dió sin duda
Una gentil doncella.»

—«Yo lo creo,
Como vos lo creéis,» dijo la Reyna;
Y se le ahogó la voz, y de repente
Para ocultar su turbacion, se vuelve

Y se va á sus estancias, y en el lecho
Se arroja y se revuelca, y con tal ira
Cierra los puños, que las tiernas palmas
Lacera con las uñas; y á las sordas
Paredes grita: «¡Ah! ¡vil traidor!» y llora,
Y despues se levanta, y el palacio
Va recorriendo pálida y altiva.

XII.

Gawein en tanto la comarca explora
Llevando su diamante; en todas partes
Toca, y olvida sólo el solitario
Bosque que oculta al héroe; y ya cansado
Fué á dar en Astolat. Desde la torre
Vió relucir sus esmaltadas armas
La doncella, y acude, y de este modo
Habla con él.—«Decid, señor ¿qué nuevas
De Camilot? ¿Qué fué del caballero
De la banda escarlata?»—«Ganó el premio.»
—«¡Bien lo sabia yo!»—«Pero fué herido
En el costado.»

La doncella entónces,
En su costado el hierro de una lanza
Creyó sentir, y con entrambas manos
Se apretó el corazon, y sin sentido
En el suelo cayó. Maravillado
La miraba Gawein, y en esto acude
El señor de Astolat; y él le refiere
Quién es, de dónde viene, y á quién busca;
Y que lleva el diamante, y que no logra
Hallar al vencedor, y que cansado
De la recuesta andaba ya. Y el noble
Lord de Astolat le dice:—«Con nosotros
Reposad, noble Príncipe, y en vano
No más os fatiguis: el caballero
De paso estuvo aquí; dejó su escudo
En nuestra guarda y volverá sin duda
A recogerle: y además, mi hijo
Menor partió con él; noticia de ellos
Tendremos cierta y pronta.»

El cortesano
Príncipe, como siempre, cortesano
Y con sus puntas de traidor, acepta:
Clava los ojos en Elena y piensa:
«¿Dónde he de hallar rostro más lindo? ¿Y

[dónde
Tal perfeccion de formas, bien la mire
De los piés á la frente, ó bien descienda
De la frente á los piés? ¡Si esta silvestre
Flor fuera para mí!»

XIII.

Quédase, y muchas
Veces le sale al paso entre los tejos
Del rústico jardín, donde ella suele
Pasear solitaria; y lisonjero
Pondera su belleza, y con sonrisas
Y con cantos la halaga, y hace alarde
De chispeante gracia, y de la leve
Facundia propia de la corte, y tiernos
Lances de amor le cuenta; hasta que un día
Ella, rebelde á todo, con severo
Rostro le dice:—«Príncipe, sobrino
Leal de nuestro Rey, ¿cómo olvidasteis
Así vuestro deber? ¿Cómo sabiendo
Que él dejó aquí su escudo, ni siquiera
Verle intentais para inferir su nombre?
¡Así burlais al Rey, y la demanda
Abandonais que os encargó! Tal hizo
Ayer mi halcon, cuando perdió la garza
A que yo le lancé y á todos rumbos
Iba volando.»

—«Por mi fe, responde
El Príncipe, es verdad: como solemos
Perder la alondra en el azul del aire,
Yo le perdí, bellísima doncella,
En el azul de vuestros claros ojos.
Mas si así lo quereis, veré el escudo.»
Y vió el escudo, y conoció al momento
Los rampantes leones coronados
De oro sobre azur: frunció la frente,
Y dióse en ella una palmada, y dijo:
—«¡Razon tenia el Rey! ¡Fué Lanzarote!
¡Nuestro valiente!»—«Y yo tambien tenia
Razon, exclama jubilosa Elena,
Cuando soñé que el grande entre los grandes
Era mi caballero!»

—«¿Y si soñado
Hubiera yo, dijo Gawein, que amabais
A un Príncipe? ¡Ah! ¡perdon! ¡al fin lo dije!
No os ofendais. ¿Será mi afan perdido?
—«¿Y yo que sé? responde candorosa
La inocente doncella: mis hermanos
Fueron siempre mi sola compañía;
Y cuando hablan de amores, á mi madre
Echo de ménos, presumiendo que hablan
De cosa que no entienden: y yo misma
No sé si sé lo que es amor; más creo
Que si lo ignoro y no le amo, nadie
Hay en el mundo á quien amar pudiera.»

—«¡Por la muerte de Dios! Gawein pro-
[rumpe,
Le amais y le amais bien: pero á fe mia
Que no le amarais, si cual todos saben
Supierais á quién ama.»

La doncella
—«¡Sea cómo quiera!» exclama, y levan-
[tando
La faz hermosa y grave se va. Insiste
Gawein aún.—«Un sólo instante, dice,
Por gracia, un sólo instante. En el torneo
Vuestra banda llevó: más, ¿por ventura
Habrá roto su fe con cierta dama
Que es vedado nombrar? ¿Será mudable
Cual hoja al viento? Pero en fin, ¿qué im-
[porta?

¡Léjos de mí el cruzarme en los amores
Del grande Lanzarote! Lo que pienso
Es que es inútil continuar buscando;
Vos sabreis dónde está, y á vos confío
Mi encargo y el diamante; porque debe
Seros muy dulce, si le amais, el darle
Su premio vos: y si él os ama, dulce
Le será el recibirle; y si no os ama,
Siempre un diamante es un diamante. Hora
Adios quedad, adios: guardaos el cielo.
Solo os quiero advertir, que si él os ama
Y persiste en su amor, allá en la córte
Nos veremos un día, y vos las dulces
Aprendereis costumbres cortesanias
Y conocernos hemos.»

Así hablando
Sacó el diamante y se le dió, y la mano
Besó que le tomaba; y á caballo
Montó, y á media voz una bálada
De amor cantando, se alejó ligero.

XIV.

Y á la corte se va, y al Rey refiere
Lo que ya el Rey sabia:—«Lanzarote
Era el desconocido: fácilmente
Adquirí tal noticia; pero en balde,
¡Oh mi Amo y Señor! he recorrido,
Para encontrarle, la comarca. En cambio
He hallado á la doncella, cuya banda
Llevaba en el torneo: y yo en sus manos
Sabiendo que es la ley de cortesía
Nuestra primera ley, dejé el diamante
Y resigné mi encargo: y, por mi vida,
Que ella le cumplirá; porque le ama,

Y sabe do se oculta.»

El Rey que pocas
Veces fruncia el ceño, duramente
Le frunció y dijo:—«Hasta el extremo fuisteis
Cortés á la verdad! Pero en la vida
Encargo alguno os fiaré, pues veo
Cuán fácil olvidais que es la obediencia
La cortesía debida al Rey.» Y dicho
Esto, se fué.

Ahogándole la sangre,
Airado y mudo, y zozobroso el otro
Quedó un momento inmóvil, con la vista
Siguiendo al Rey. Sacude la cabeza
Altanero despues, y sale y habla
De la doncella de Astolat, y cuenta
A todos sus amores; y se aguzan
Los oídos de todos, y las lenguas
De todos se desatan, murmurando:
«¡Ama á Sir Lanzarote la doncella
Hermosa de Astolat!»—«¡Ama á la hermosa
Doncella de Astolat Sir Lanzarote!»
Y unos la faz del Rey exploran, y otros
La de la Reina; y todos se preguntan
Cómo es esa doncella, y dudan muchos
Si será digna de él. Un día llega
Con la punzante nueva antigua dama
A la Reina, que, ya de los rumores
Apercibida y lastimada, sólo
Mostró pena de ver á Lanzarote
Fijar su amor en tan humilde objeto;
Y con serena palidez el golpe
Burló de la imprudente.

Como el fuego
En seca arista, por la córte vuela
La curiosa noticia en tiempo breve;
Y tanto cunde que una vez olvidan
Y otra brindar en el festin los grandes
Por Lanzarote y por la Reina; y brindan
Por Lanzarote y la doncella; y cambian
Maliciosa sonrisa. Con severa
Calma la Reina, oyéndolos, sentía
Un nudo en la garganta; y contra el suelo
Con los piés estrujaba el maldecido
Amor, y los manjares hiel y acíbar
Le parecían, y aborreció de muerte
A los que tal brindaron.

XV.

Entre tanto
Allá léjos la cándida doncella

TOMO I.

Su inocente rival, la que guardaba
Al caballero visto sólo un día
Fiel en su pecho, busca á su buen padre,
Que en su sillón meditabundo estaba,
Se sienta en sus rodillas, acaricia
Su barba gris, y dice:—«Padre mio,
Me llamais caprichosa; y si eso es falta
Vuestra es la culpa. ¡Me dejasteis siempre
Hacer mi voluntad! Y hora, decidme,
¿Quereis que pierda el juicio?»—«¡Dios me
[libre!]

El padre le responde.—«Pues entónces,
Dejadme ir á buscar á nuestro amado
Lavein», replica ella. Y él le dice:
—«No: tú no perderás por nuestro amado
Lavein el juicio: quédate: muy luego
Tendremos nuevas de él y de aquel otro.»
—«Sí, exclama ella, de aquel otro: debo
Ir yo á buscarle donde quier se encuentre
Y en propia mano su diamante darle;
Que no he de ser yo infiel en la demanda
Como ese vano Príncipe, que pronto
Se cansó de buscar y la recuesta
Dejó á mi cargo. Y yo le he visto en sueños,
Pálido, descarnado, cual si fuera
Su propio espectro, á falta del cuidado
De esmerada doncella. ¡Ay padre mio!
Cuanto mejor nacida una doncella,
Vos lo sabeis, está más obligada
A ser amable y servicial al noble
Caballero doliente que su prenda
Llevó en la lid. Dejadme, pues, os ruego,
Ir en su busca.» El padre le responde:
—«¡Sí, sí, el diamante! ¡Pobre niña mia!
Pensadlo bien. Holgárame en extremo
Yo de saber que se encontraba salvo
El caballero aquel, que es el más grande
Entre los nuestros; y que vos le dierais
El su diamante. Mas cuidado que es fruto
Puesto muy alto para toda boca,
Salvo la de una Reina. Sin embargo,
Podreis partir: pues sois tan caprichosa
Debeis partir.»

XVI.

La apetecida vénia
Así lograda, á preparar su viaje
Corre la niña, y miéntras presurosa
A cabalgar se apresta, las postreras
Palabras de su padre en sus oídos

Suenan aún: «Pues sois tan caprichosa
Debeis partir.» Y en su interior un eco
Las repite alterándolas con sorda
Lúgubre voz: «Pues sois tan caprichosa
Debeis morir.» Más ella tanta dicha
Sentia entónces que ahuyentó el agüero,
Como ahuyentamos la pesada abeja
Que nos zumba en redor, y se decia:
—«¡Qué importa si le salvo!»

Con su hermano
Sir Torr luego se pone en marcha, cruza
Las estériles dunas, y á las puertas
De Camilot llegando, ve á su hermano
Lavein que alegre á su valiente potro
Correr hace, y saltar, y encabritarse
En el florido llano: y ella al verle
—«Lavein, Lavein, mi Lord Sir Lanzarote,
Decidme, ¿cómo está?» gritó. Asombrado
Lavein, exclama.—«¡Elena! ¡Torr! ¿qué es

[esto?
De Lanzarote hablais ¿y quién os dijo
Que es Lanzarote el nombre suyo?» Elena
Le contó los sucesos.

XVII.

Con su genio
Rudo Sir Torr los deja allí, y pasando
Las esculpidas puertas que en relieves
Peregrinos recuerdan las gloriosas
Guerras del grande Arturo, en la tranquila
Rica ciudad penetra, y hospedaje
Toma en la casa de lejanos deudos.
Y en tanto el buen Lavein conduce á Elena
Al bosque de los álamos; y entrando
Ella en la cueva, lo primero el yelmo
Del caballero ve y en él su banda,
Aunque rasgada, y desprendidas muchas
De las preciosas perlas. Grande gozo
Siente pensando que se guarda acaso
Para otras justas. A la celda pasa
Donde el herido caballero yace
Durmiendo á la sazón. Sobre las pieles
De lobo que le cubren, los desnudos
Brazos en el combate endurecidos
Y las fornidas manos extendia,
Moviéndolas convulso, como en sueño
De recia lid.

Ella al mirarle intonso,
Pálido, descarnado, cual si fuera
Su propio espectro, un doloroso y tierno

Quejido exhala; y él al desusado
Rumor que turba el silencioso albergue
Se despierta, y en torno la mirada
Tiende insegura y vaga. Se aproxima
Ella y le dice.—«¡El premio, vuestro premio!
El hermoso diamante que os envia
El Rey!»—Sus ojos resplandecen, y ella
Piensa.—«¿Será por mí?—Y habla en seguida
Del Rey, y de Gawein, y del diamante,
Y del encargo encomendado á ella,
Y que ella no merece, y de rodillas
Cayendo junto al lecho, la preciosa
Piedra en la palma del enfermo pone.
Su rostro estaba cerca, y cual besamos
Con tierno beso al inocente niño
Que hace bien su tarea, así el enfermo
Con puro beso la besó en el rostro.
Y ella cual se derrite leve copo
De nieve al sol, así cayó en el suelo.
—Ay ¡gritó el caballero, vuestro viaje
Os fatigó! necesitais reposo.»

—«No, mi señor: no he menester reposo:
El estar junto á vos es mi descanso,»
Exclama Elena, y Lanzarote fija
Sus grandes, negros ojos, aún más grandes
Por la extremada delgadez, en ella,
De la impensada exclamacion queriendo
Penetrar el sentido; y ¡ay! bien pronto
De aquel rostro inocente el encendido
Rubor le descubrió el triste secreto.
Quedó perplejo él: sintió disgusto
De aquel rubor, que de mujer ninguna
Nunca apreció el amor, salvo el de aquella
Sola que reina en él; y suspirando
Se volvió, y fingió sueño, hasta que al cabo
De veras se durmió.

XVIII.

La tierna niña
Se levantó del suelo y cruzó el campo,
Y entrando por las puertas adornadas
De extrañas esculturas á la rica
Sombria ciudad, en casa de sus deudos
Aquella noche reposó; y al alba
Atravesó otra vez de la sombría
Rica ciudad las puertas, y á los campos
Salió, y llegó á la cueva. Y de este modo
Un dia, y otro dia, á la dudosa
Luz de los dos crepúsculos se iba
Y venia otra vez; y un dia y otro

Curaba del enfermo.

Lanzarote

Aunque llamaba á su profunda herida
Leve rasguño, imaginando fácil
Su alivio y pronto, padecer solia
Fiebre y delirio, y descortés entonces
Estaba con la tímida doncella
¡El que era tan cortés! Pero ella tierna
Y humilde le sufría; más humilde
Que débil niño á su áspera nodriza;
Y más tierna que madre con su enfermo
Hijo mimado; y nunca desde aquella
Fatal caída del primer humano,
Nunca mujer alguna con un hombre
Fué más tierna y humilde. Le prestaba
Fuerzas su inmenso amor; hasta que un día
El Ermitaño, práctico en la ciencia
De curar y del mundo, al ya salvado
Enfermo dijo que á su dulce esmero
Debia la salud. Y él olvidando
Aquella escena, la llamaba hermana,
Y amiga, y dulce Elena, y atendía
Su llegada impaciente, y se quedaba
Triste al verla partir; y puso en ella
Toda especie de amor, excepto sólo
Aquel amor dulcísimo y estrecho
Del hombre y la mujer, cuando se aman
Cuanto pueden amar; y en honra de ella
Muerto habria gustoso cualquier muerte
De caballero; y si por dicha suya
Antes la hubiera conocido, acaso
Distinta fuera en este y en el otro
Mundo su vida; pero ya á su antiguo
Amor ligado en lazo indisoluble
Cifra su honor en él y en guardar firme
Una fé infiel y una verdad mentida.

Mas de una vez, no obstante, en lo más
[recio

Del mal oyó de su conciencia el grito
E hizo votos de enmienda; pero endebles
Hijos de enfermo padre, no pudieron
Vivir; y apenas comenzó á animarle
La sangre renovada, aparecía
Con pertinaz frecuencia seductora
Imágen á su mente, que infundiendo
Traidora paz á su intranquilo pecho,
Como el viento las nubes, dispersaba
Los votos generosos. Y si entonces,
Mientras duraba el hechicero influjo,
Le hablaba la doncella, enmudecía
Él, ó conciso contestaba y frío.

Y ella que en el enfermo se explicaba
Un día la aspereza, tal desaire
No acertaba á entender: pero su frente
se nubló de tristeza; y una tarde
Antes de tiempo atravesó los campos
Y se fué á la ciudad; y allí á sus solas
Sentía y murmuraba:—«Vano, en vano:
¡No puede ser! ¡no me ha de amar!... ¿y
[entonces?
¡he de morir!»

Como inocente y sola
Avecilla en los bosques, que no sabe
Mas que una simple nota y la repite
Monótona, incesante una mañana
Entera de Setiembre, así durante
Toda la noche la infeliz doncella
«¡He de morir!» se dice. A un lado y otro
Se vuelve y se revuelve, y no halla nunca
Sosiego, y sólo piensa:—«¡El ó la muerte!»
«¡La muerte ó él!» y luego como un eco:
«¡El ó la muerte!» lúgubre repite.

LOPE GISBERT.

(La conclusion en el próximo número.)

LAS MINAS DE DIAMANTES EN ÁFRICA.

Los terrenos diamantíferos del Cabo de Buena Esperanza, al ménos los que están en explotación, se encuentran en los límites de la citada colonia inglesa y de los Estados libres del río Orange (Orange Urij Staat, república holandesa), á unos 1.200 kilómetros de latitud por 25 de longitud Este del meridiano de Greenwich; su elevación sobre el nivel del mar es de 6.000 piés ingleses. Divídense en dos clases, minas ó terrenos húmedos y *dry diggins* ó minas secas. En las minas húmedas se encuentran los diamantes en las orillas ó en los lechos de los arroyos, mezclados con piedras de diversas clases, como calcedonias, ágatas, olivinas, granates rojos y verdes, aragónitas, etc., y en las minas secas yacen entre granates rojos, granitos, feldespatos micáceos descompuestos, tobas, pizarras aluminosas con piritas de hierro, aragónitas, que también las hay en venas en las tobas, etc., etc.

Cuanto digo en este artículo se refiere á las minas secas, que son las que únicamente he visitado, permaneciendo en ellas siete meses. Cuando hable de las minas húmedas las nombraré expresamente.

Todas las minas secas están situadas en medio de extensas llanuras incultas, tan poco accidentadas, que la vista puede extenderse en todas di-

recciones, descubriendo una línea de horizonte que corta el cielo absolutamente lo mismo que la superficie del mar. Sólo á lejanas distancias se ve algun que otro árbol que pertenece invariablemente á la familia de las mimosas. Sin agua, y casi sin tierra vegetal, parece que aquellas comarcas no han sido creadas para que el hombre las habite. La única capa vegetal que se encuentra es una tierra de ladrillos roja y fina, cuyo grueso varía de seis pulgadas á diez piés; lo último excepcionalmente.

Aunque los diamantes no se encuentran en abundancia más que en algunas cuencas del terreno, donde los hay acumulados con una profusion que recuerda las maravillas fantásticas de las *Mil y una noches*, está comprobado que existen en toda la region situada en las orillas del rio Vaal. Una circunstancia bastante rara, y que hasta ahora se ha observado invariablemente en las minas secas, es la de que se hallan todas en las elevaciones del terreno; elevaciones apenas apreciables, como si una fuerza interior hubiese levantado el terreno, lo cual ha sido causa de que se crea que los diamantes están allí á causa de una accion volcánica. Más adelante hablaré de esta opinion y del crédito que merece. Es tambien digno de notarse el hecho de que los criaderos de diamantes sólo se encuentran en cuencas inmediatas á una especie de arrecifes que forman barrera; cuencas y arrecifes subterráneos han podido verse despues de hechas las excavaciones.

Para proceder con método, explicaré primero la constitucion geológica de los terrenos diamantíferos, y examinaré despues las hipótesis inventadas para explicar la presencia de los diamantes en aquellas localidades.

Las minas secas son cuatro, situadas en una extension de cinco kilómetros: Bultfontein, Del Toit's Pan, Old de Beer's y de Beer's New-Rush.

La mina más importante es New-Rush, tanto por su riqueza como por la regularidad de su forma y constitucion. Es una extensa cuenca de seiscientos treinta piés ingleses por novecientos, figurando aproximadamente una pera, y que al O. N. O. termina por un cuello. Rodéala una cintura de pizarra que parece haber sufrido la accion del fuego, y cuyas capas, superpuestas con regularidad, varían de grueso, son muy frágiles y se descomponen y disgregan con gran facilidad al cabo de algunas semanas cuando se dejan al aire libre. Esta cintura de pizarras, algunas veces gris, pero casi siempre amarillo-oscuro vetada, desciende en pendiente irregular, dando á la concavidad la apariencia del cráter de un volcan. En su composicion varía poco, presentando en la parte E. N. E. una piedra dura y lisa. Al aproxi-

marse al cuello ó garganta de la cuenca el terreno cambia completamente de naturaleza; la arena va desapareciendo y la tierra vegetal aumenta hasta formar la totalidad del suelo, porque la cintura de pizarra tambien concluye, fundiéndose en el terreno de un modo casi inapreciable hasta dejar ver sólo la tierra.

En dos ó tres puntos de la cuenca se elevan unas especies de arrecifes de piedra calcárea hasta la superficie del suelo.

Todas las capas de pizarra que forman el contorno de la cuenca están inclinadas del interior al exterior, como si el terreno, formando primitivamente un llano, hubiese sido elevado por el centro de manera que las orillas quedasen inclinadas hácia la circunferencia. Las tierras que llenan la cuenca, y que son arenas verdes y grises, tobas arcillas, tierras duras como piedras de un color azul gris muy marcado, están dispuestas en capas perfectamente distintas y paralelas, ó á lo ménos siguiendo las mismas ondulaciones, como se ve en los terrenos de aluvion.

Cuando yo estaba allí se encontraba á la mitad de la cuenca, y á unos ochenta y cinco piés de profundidad, un lecho de piedras negras ordinarias, cuyas redondeadas esquinas demostraban haber sido rodadas por las aguas; estas piedras yacian sobre una tierra oscura, mezclada con mucha agua. Encuéntrase tambien, esparcidas entre las tierras, rocas de dimensiones más ó ménos importantes, algunas de las cuales llegan á tener ocho ó diez piés de diámetro.

Las diferentes tierras que llenan la concavidad no están regularmente distribuidas; y las capas, aunque paralelas, no lo son de un grueso igual en todas partes; así sucede, por ejemplo, que un minero encuentra á treinta piés de profundidad una capa de tierra amarillenta, y ve trabajar á su vecino á igual profundidad en una capa de distinto color y naturaleza; la una podrá ser muy rica en diamantes; la otra no tener ninguno.

No hay sitio alguno donde de la superficie al fondo estén reunidas todas las cualidades de las tierras ántes mencionadas; así sucede que un minero cuyo *clam* (extension de terreno de treinta piés cuadrados) presenta una constitucion única de tierra pedregosa y compacta, encontrará á pocos pasos otro *clam* de arenas y tierras movedizas dispuestas en capas regulares, sin que pueda comprenderse cómo se han podido formar unos junto á otros estos bloques de tan distinta naturaleza, conservando cada uno su especial composicion, desde el fondo hasta la superficie. En general, cuando se llega á grandes profundidades encuéntrase capas que no tienen relacion

alguna con las superpuestas. Estas capas son, ó tierras gruesas excesivamente duras, ó piedras en abundancia, ó una tierra dura azul gris, y por regla general, una tierra calcárea aglomerada.

Además de estos minerales conocidos, encuéntranse algunas veces fragmentos parecidos á trozos de madera mineralizada, cual si hubieran impregnado sus poros y cavidades sal sin disolución, que al cristalizarse conservaran la forma y apariencia del vegetal descompuesto y desaparecido.

En New-Rush, que es la mina de que me ocupó actualmente, se han encontrado á veinte piés de profundidad una concha de ostra, un hueso de avestruz, una cuenta de collar de vidrio azul, y huesos de antílopes; ignoro si estos objetos han sido hallados en el mismo sitio; pero el hecho es cierto, y los dos últimos están ahora en el museo de la ciudad del Cabo.

Las opiniones de algunas personas competentes llegadas de Inglaterra para inspeccionar las minas son contradictorias, atribuyendo la presencia en ellas de los diamantes, unas á erupciones volcánicas, otras á huracanes que los han arrojado á aquel sitio, y otras á haberse formado en el mismo por medio del fuego; en lo único que aparecen acordes es en considerar el fuego elemento principal para la formación del diamante.

Antes de examinar esta hipótesis, tratemos de los diamantes que se encuentran en las minas y de la forma en que yacen en los terrenos.

Los diamantes empiezan á hallarse en la superficie del suelo; porque no existiendo apénas tierra vegetal, se llega inmediatamente á las capas diamantíferas. Se encuentran además á cualquier profundidad; y cuando abandoné las minas se trabajaba á unos cien piés debajo de la superficie, y los trabajos eran tan fructíferos como en otras alturas intermedias.

La mayoría de los diamantes están más ó menos rotos, y se encuentran tantos pedazos informes como piedras completas. Por regla general, los diamantes, cuanto más gruesos, son de color más amarillo. Los mayores que hasta el día se han encontrado pesan 288 quilates, 116, 144, 115, etc., descendiendo en esta escala hasta las dimensiones ordinarias.

Ninguna mina en el mundo ha producido diamantes tan gruesos ni en tanta abundancia. Antes de que se descubrieran los terrenos diamantíferos del Cabo de Buena-Esperanza, considerábase un diamante de cuatro quilates piedra de mucha estimación; y cuando eran de mayor peso, el precio no se sometía á los cálculos ordinarios, siendo á voluntad del poseedor. Ahora la abundancia de los diamantes gruesos en todos los

mercados es tanta, que su precio ha disminuido mucho, siendo relativamente inferior al de las piedras pequeñas. Todos los días se encuentran en el Cabo de Buena-Esperanza diamantes de diez y de veinte quilates; y las riquezas de las minas es tal, que sólo la de New-Rush ha dado por término medio tres mil diamantes diarios durante más de ocho meses, y el mayor número eran piedras gruesas.

Los diamantes del Cabo y el modo como se encuentran, ofrecen las siguientes particularidades extraordinarias.

1.ª Los de primera calidad por la pureza de sus aguas, la regularidad de su forma octaédrica y la finura de sus aristas, son propensos á estallar al contacto del aire; y esto sucede de ordinario durante la primera semana después de descubiertos; pero algunas piedras han estallado á los tres meses. Estos diamantes tienen las facetas excesivamente unidas, como si hubieran sido talladas, circunstancia que acaso se opone á la libre circulación del calórico, é impide á las capas interiores equilibrarse con la atmósfera y dilatarse ó contraerse al mismo tiempo que las capas externas; de aquí la separación y el estallido. Sólo los diamantes de esta clase están sometidos á la citada ley. No hay ejemplo de ningún diamante amarillo que no haya estallado.

2.ª Cuando se encuentran muchos granates en la tierra donde se está trabajando, es señal casi segura de que también se encontrarán diamantes; y los días en que no se encuentran granates tampoco se hallan diamantes, pues ambas piedras están ordinariamente reunidas. Esta observación no puede aplicarse á todas las tierras; las pedregosas son generalmente pobres en granates, y ricas las areniscas.

3.ª Es muy raro encontrar diamantes gruesos donde los pequeños abundan; y los días en que no se hallan de esta clase los mineros abrigan la esperanza de encontrar alguno grueso; esperanza que con frecuencia se realiza.

4.ª En las inmediaciones de una gran piedra, ó mas bien, debajo de ella, se encuentra casi siempre un diamante grueso.

5.ª Los diamantes están distribuidos en las tierras de dos modos: uno perfectamente regular, y por decirlo así, matemático; otro ajeno á todos los cálculos, y que obedece tan sólo á la casualidad. Las tierras situadas junto al arrecife que forman las paredes de la cuenca son, sin excepción alguna, de inmensa riqueza, tanto en la superficie como en el fondo; pero el producto de las situadas en el interior de la cuenca es muy irregular, pues mientras en unos puntos son ricas, en otras apénas se encuentra ningún diamante.

te; hay puntos donde están en la superficie, y en otros se observa lo contrario; algunos presentan alternativas de ricos criaderos y capas de tierra donde se trabajan meses enteros sin sacar los gastos. La misma calidad de tierra que en determinadas regiones se considera excelente, á corta distancia se la reputa detestable. En una palabra, el minero sólo tiene certidumbre de encontrar diamantes en los terrenos inmediatos al límite pizarroso de la cuenca, cualquiera que sea la especie de tierras que lo compongan.

Examinemos ahora las teorías ideadas para explicar la presencia de los diamantes en aquellos parajes.

Primera hipótesis: La cuenca es un cráter, y los diamantes se encuentran en ella á causa de una erupción volcánica que los ha arrojado.

Aparentemente el cinturón de piedra que forma la pared de la cuenca pudiera justificar la primera hipótesis, pero el exámen de las tierras que la llenan y la manera simétrica con que sus capas están dispuestas, desmienten terminantemente la idea de una acción volcánica; además, la presencia del sulfato de cal cristalizado de piedras calcáreas no calcinadas, de restos vegetales mineralizados, y en fin, de conchas, huevos, huesos y cuentas de vidrio, indica bien que la cuenca de New-Rush procede de otra causa distinta de la que la atribuyen los partidarios de la erupción volcánica.

Segunda hipótesis: Los diamantes se encuentran en las citadas minas á consecuencia de fuertes vientos que los han arrastrado á aquel punto con la arena, la tierra, etc.

Esta opinión, emitida por persona á quien se supone muy competente en la materia, goza de mucho crédito en la colonia del Cabo, acaso porque supone la existencia de un inmenso depósito de diamantes de donde el viento haya podido arrastrar tantos millones de piedras preciosas.

En primer lugar, los diamantes se encuentran en todas las especies de terrenos que hay en la cuenca, siendo evidente que con estas tierras habian sido arrastrados; pero como las tierras son de distintas clases, no pueden proceder de una misma localidad. Ahora bien: ¿debe suponerse que los vientos generales vayan dando vueltas para arrastrar únicamente las tierras diamantíferas y reunir las todas en la misma cuenca sin dejarlas caer por el camino? Además, las cuatro minas secas formadas de este modo deberian encontrarse en la prolongación de la línea recta que representa la dirección de los vientos generales, y, lejos de ello, tienen en el mapa la forma de un trapecio. Pero basta para destruir esta hipótesis la consideración de que entre las tierras de la cuenca hay rocas de dimensión y

peso tales que ningun huracán podría moverlas. Estas rocas, sin relación ninguna con la naturaleza del terreno de las comarcas inmediatas, deben haber aparecido al mismo tiempo que las tierras en las cuales se encuentran, y la deducción lógica es, que si las rocas no han podido ser arrastradas por la acción del viento, tampoco lo habrán sido las tierras que les acompañan.

Tercera hipótesis: Los diamantes han sido formados en el lugar donde se encuentran por la acción del fuego. Esta teoría, mal definida, la presentan como aplicación probable personas que con ella se creen dispensadas de explicar lo que no comprenden.

La acción del fuego, dejando intactas sustancias calcáreas de todas clases, es una imposibilidad que no necesita refutarse; además, si los diamantes fuesen producto del calor obtenido por vía de fusión, tendrían todos, en la base al menos, la forma del cuerpo sobre el cual se hubieran fundido, y se encontrarían algunos dentro de la matriz, lo que jamás ha sucedido, á pesar de los anuncios publicados en Inglaterra para que acudiesen los aficionados á ver un diamante del Cabo dentro de su matriz; verdad es que se pagaba á la entrada, y esto explica el anuncio.

Examinadas las teorías que se fundan en el fuego, réstanos hacerlo con la del agua y discutir los dos principios de la formación del diamante en el exterior de la cuenca y en el sitio donde se encuentra. Empezaré por el último.

Debo advertir que la cuenca de New-Rush es más ancha en la superficie que en el fondo, y que sus orillas se hunden en pendiente, formando una inmensa cápsula. Cuando en una cápsula se echa un líquido que contiene cuerpos extraños en suspensión ó disolución, estos cuerpos se depositan en estado de precipitados, ó cristales, junto á las paredes y al fondo, empezando por hacerlo los más pesados y más gruesos, conforme las leyes de gravedad y de cristalización. Esto es precisamente lo que sucede con los diamantes. En las orillas y en el fondo de la cuenca es donde se encuentran en mayor abundancia, y por regla general los diamantes gruesos abundan mucho más en las capas inferiores que en la superficie. La riqueza comprobada de las tierras inmediatas á las paredes de la cuenca, viene apoyando la teoría de que los diamantes se forman en el sitio donde se encuentran; y otros hechos además la confirman, como, por ejemplo, el de haber sitios donde los diamantes están generalmente enteros, y son de la misma forma y naturaleza cual si hubieran sido producidos en idénticas condiciones; lo que no sucedería si procediesen del exterior, porque, en tal caso, no sería fácil encontrarlos

reunidos, y por decirlo así, clasificados. Además, no puede considerarse hecho casual la presencia casi invariable de diamantes gruesos debajo de las rocas voluminosas, y debe suponerse que estas rocas, por su abrigo ó por su irradiación, han facilitado la formación del cristal, pudiendo éste desarrollarse en mejores condiciones. Se debe además tener en cuenta que hay diamantes dobles, ó de dos cristales perfectos, uno grueso y otro pequeño, unidos, ó de dos cristales pegados de tal suerte, que en su aspecto exterior forman uno solo. Estas uniones de poca consistencia no hubieran resistido, de seguro, á los rozamientos y choques que sufren las piedras cuando son lanzadas por el fuego, ó acarreadas por las aguas en unión de otros minerales. Finalmente, la regla general de que los diamantes gruesos y los pequeños nunca se encuentran reunidos, arguye también en favor de que la formación debe verificarse en el sitio donde se encuentran, porque donde las circunstancias, desconocidas aún, pero evidentemente propicias, han permitido que se haga con libertad la cristalización, todas las moléculas se han reunido en un sólo cristal grueso y entero, de tanto más volumen, cuanto menos diamantes pequeños hay en las inmediaciones, cual si toda la materia primera se reuniera en un sólo punto, sin permitir ninguna otra cristalización.

Las anteriores consideraciones permiten creer que los diamantes se forman en el sitio donde se encuentran; pero se pueden alegar razones de importancia en favor de la formación exterior á la cuenca y al acarreo verificado por las aguas.

En primer lugar, casi todos los diamantes están más ó menos rotos y presentan rastros de sacudimientos violentísimos; además no se han encontrado nunca dos pedazos que puedan adaptarse de modo que se comprenda que han pertenecido á la misma piedra; por fin, los terrenos en que se hallan son completamente distintos de los que forman las localidades inmediatas, y han debido llegar del exterior, como lo prueban la concha de ostra, la cuenta de collar, etc.

Ahora bien: como estas perturbaciones, vista la disposición y constitución de las tierras, no son hijas de ninguna acción volcánica, hay que reconocer por fuerza en la regularidad y superposición de las capas y en la presencia de las piedras rodadas que las aguas han rellenado la cuenca en épocas sucesivas. Estas aguas han entrado probablemente por la garganta abierta á O. N. O., dirección en que sopla ordinariamente el viento, y por donde llegan siempre las tempestades y los turbiones. No es improbable que los diamantes, formados en otros puntos, hayan sido transportados por las aguas al mis-

mo tiempo que otros en estado rudimentario ó en vías de formación, y que éstos, después del cataclismo, encontrándose en condiciones favorables á su desarrollo se hayan cristalizado, siguiendo las leyes que presiden al arreglo de sus moléculas.

Esto explicaría las muchas anomalías que se ven en un mismo yacimiento de piedras que parece no han sufrido ningún movimiento, y de otras que se encuentran en condiciones diametralmente opuestas.

Si esta hipótesis, que apunto con temor, y como prueba de mi deseo de averiguar la verdad, la sancionara una persona autorizada examinando los terrenos diamantíferos, podría creerse que siguiendo los rastros ascendentes de las aguas torrenciales, según la inclinación de los terrenos, se llegaría al punto inicial de donde han partido estos diamantes, y se les sorprendería en vías de formación, resolviendo un problema científico de grande importancia, y descubriendo fuentes de riqueza que la imaginación no puede abarcar.

Un hecho que en cierto modo confirma mi hipótesis, es el de que en los terrenos diamantíferos húmedos, situados en la dirección en que vienen las tempestades y las grandes lluvias, casi todos los diamantes están enteros, lo que parece indicar que poco más arriba de este punto han empezado los derbordamientos, acarreado los diamantes y rompiéndolos.

Terminaré haciendo algunas observaciones que aparentemente ninguna relación tienen con los diamantes.

Abriendo pozos para la explotación de las minas, encuéntrase generalmente á unos sesenta y cinco pies de profundidad una piedra negra, muy parecida á la hulla, y dispuestas en capas más ó menos gruesas, y que se quiebra como la hulla. Esta piedra no se ha encontrado jamás en los terrenos diamantíferos del Cabo, á pesar de haberse llegado á más de cien pies de profundidad. Hállanse muchas veces trabajando en los pozos pedazos de un metal cristalizado en cubos, de gran semejanza con el hierro sulfurado, y que probablemente es esta misma sustancia.

Respecto al clima de las minas, poco puedo decir, por no haber hecho observaciones rigurosamente científicas. Me han asegurado que durante el invierno de 1871, el termómetro bajó en las minas húmedas á 25 grados Fahrenheit, bajo cero (14 grados centígrados), y durante el verano se elevó á 150 grados Fahrenheit (66 grados centígrados). Sin negar ni afirmar lo que no he podido ver, declaro que en New-Rush, donde las estaciones son menos rigurosas que en las minas húmedas, durante el invierno de 1872 de Junio á

Setiembre, mi termómetro bajó al aire libre á 10 ó 12 grados centígrados bajo cero, y á fines de Setiembre llegó á subir dentro de mi tienda á 39 grados centígrados. Siempre es grande la diferencia de temperatura entre el día y la noche. En el verano, á pesar del calor abrasador del día, las noches son casi siempre bastante frescas para necesitar manta de lana en la cama; y en el invierno, cualquiera que sea la temperatura, durante la noche, nunca sube el termómetro en el día á más de 6 grados sobre cero. Hay siempre una variación de 15 á 20 grados en la temperatura al amanecer en los días de invierno, y esta diferencia es mayor al anocheecer en el verano. Estos cambios se explican por la elevación del terreno y por su naturaleza arenisca. La irradiación de la luz solar la aumentan notablemente los inmensos arenales y las piedras calcáreas acumuladas alrededor de las habitaciones por causa de los trabajos, de tal suerte, que cada una de estas se encuentra entre aquellas como en medio de un horno.

Durante el verano, y principalmente en los meses de mayor calor, desde Diciembre á Marzo inclusive, caen lluvias torrenciales que convierten las llanuras en lagos, y en arroyos las menores desigualdades del terreno; las sinuosidades por donde ya han corrido las aguas se trasforman en torrentes, que hacen subir las aguas de los ríos en pocas horas á muchos metros. Estas tempestades, que ordinariamente llegan por el lado de Klip-Drift, ó sea de las minas húmedas, se anuncian por medio de una nubecilla que aparece en el firmamento, precedida de algunas ráfagas; á la media hora el cielo está cubierto, y los relámpagos se repiten por todas partes, no dejando descanso á los ojos; los truenos estallan con una furia y vibración, que es imposible imaginar en Europa; tanto, que los mineros dicen que el trueno cae como la lluvia. La víspera de mi partida, aunque estábamos en Octubre, que no es la época de las tempestades más furiosas, murieron cinco hombres en las minas heridos por el rayo. Todo este estrépito pasa pronto y vuelve la calma.

Con frecuencia se ve el cielo despejado en el zenit, y una capa de negras nubes envolviendo en parte el horizonte y presentando el espectáculo de muchas tempestades simultáneas. Es muy difícil observar en ningún otro punto los fenómenos eléctricos que se representan en esta parte del Africa, donde no es raro ver rayos ascendentes, es decir, que suben de la tierra á las nubes.

Durante estas tremendas tempestades los objetos se electrizan de tal suerte, que las ruedas de las carretas tienen aureolas de luz, y las hachas producen chispas eléctricas de tal magnitud, que

un hombre ocupado cierto día en cortar árboles huyó aterrorizado.

En las épocas en que la atmósfera está más tranquila, casi diariamente se forman torbellinos, que permanecen estacionados ó recorren la llanura.

Si es cierto lo que se dice, que donde el diamante abunda el aire está muy cargado de electricidad, toda aquella comarca debe ser extraordinariamente diamantífera, y es seguro que se descubrirían nuevas minas, observando los sitios donde los torbellinos y las tempestades se forman con más frecuencia, por ejemplo, en la llanura situada entre New-Rush, Toit's Pan y Old de Beer's.

Las pieles de las panteras chacales y hienas que se usan como abrigo para las camas despiden verdaderas llamaradas eléctricas cuando se les pasa la mano por encima, aunque sea repetidas veces sobre el mismo sitio, cual si se cargaran de electricidad inmediatamente después de descargarse. Hasta los mismos perros producen ráfagas luminosas al pasarles la mano, como cuando se roza un dedo por sitio untado de fósforo. He tenido muchas veces ocasión de observar personalmente estos hechos.

Siento mucho que la falta de los instrumentos necesarios y la naturaleza de mis ocupaciones no me hayan permitido una observación más científica; y repito, como al principio, que consigno tan sólo mis recuerdos, sin la pretensión de haber observado y juzgado bien.

DESDEMAINES HUGON.

(Revue Scientifique.)

EL PERIODISMO EN CHINA.

I.

La *Gaceta de Pekin*, órgano del gobierno chino, en nada se parece á los periódicos oficiales europeos, medios de promulgación de las determinaciones de los gobiernos, leyes, decretos, órdenes, nombramientos ó ascensos de empleados, etc., que de ordinario sólo interesan á las personas á quienes directamente afectan. Encuéntanse en ellos, sin embargo, algunas veces informes auténticos que en ninguna otra parte tendrían igual autoridad, y que, si en el momento de su publicación nos parecen insignificantes, pueden algún día ser datos preciosos para el estudio de costumbres é instituciones de pasados tiempos.

Bajo este punto de vista tiene la *Gaceta de Pekin* bastante analogía con sus colegas oficiales de Europa, siendo una de las mejores fuentes que

puede consultar quien se dedique al estudio de las instituciones políticas y sociales de la China y del mecanismo del gobierno de este país, tan mal regido por sus actuales señores.

Veamos lo que es este periódico intrínsecamente, su origen, y las condiciones de su publicación.

No es la elegancia de la forma lo que distingue á la *Gaceta de Pekin*. Cada número es una especie de folleto con cubierta amarillenta y de 20 á 25 centímetros de largo por 12 ó 15 de ancho. Los números varían de volumen entre 20 y 40 páginas. Están mal impresos, en un papel detestable, y de tan poco cuerpo, que los caracteres se transparentan, dificultando su lectura.

Segun M. Wade, representante hoy de Inglaterra en China, y autor de una obra excelente publicada en 1849, sobre *Las condiciones y el gobierno del imperio chino*, para la cual ha tomado casi todos los datos de la *Gaceta de Pekin*, es tradicional en China que este periódico se fundó en el último tercio del siglo x de nuestra era, durante el reinado de la dinastía Sung.

Es la *Gaceta de Pekin*, al mismo tiempo que órgano oficial del gobierno, periódico de la corte, y el único que circula en el Celeste Imperio.

La prensa periódica que desempeña tan importante papel en las naciones occidentales, apenas se conoce en China. M. Medhurst, cónsul británico en Shanghai, asegura que la *Gaceta de Pekin* sólo da á conocer el estado de la opinion pública por los documentos oficiales que inserta; pero reconoce que también se encuentran en ella críticas imparciales de administraciones y de empleados, y á veces hasta de la misma corte imperial; particularidad que le da notable ventaja sobre la primitiva *Gaceta de Londres*, donde no se publicaba absolutamente más que lo permitido por la corte.

En Europa se olvida con frecuencia que el periodismo, propiamente dicho, es muy moderno; y si la *Gaceta de Pekin* publica críticas de abusos administrativos ó de actos reprobables de los empleados más importantes, y hasta del mismo Emperador, debe reconocerse que no está tan atrasada, y que es ó que puede ser fuente importantísima de informes para cuantos deseen estudiar el estado social del pueblo chino y los abusos de su gobierno.

Debe hacerse constar también la observación notable de M. Medhurst de que el pueblo que primero conoció la imprenta, y donde la literatura ha tenido durante tantos siglos indisputable influencia, es hoy el único de los que pretenden ser civilizados, donde la prensa periódica no sirve de vehículo á la opinion pública; fenómeno tanto

más notable cuanto que los chinos son aficionados á la lectura, y así lo demuestra la avidez con que devoran los dos ó tres periódicos que las prensas extranjeras imprimen en Shanghai en idioma chino, y el interés con que buscan los artículos de los periódicos ingleses, traducidos por ellos.

La China, sin embargo, no es el único país que ofrezca esta particularidad, como cree M. Medhurst. En el Japon, ántes de las últimas revoluciones políticas, ni siquiera había *Gaceta* oficial. La misma Rusia, que es de las potencias occidentales la que mejor puede compararse á China por la vasta extensión de su territorio y por el carácter asiático de sus habitantes, no la aventaja mucho en este punto, pues si tiene periódicos, es muy dudoso que éstos se atrevan á censurar al Emperador ó á su gobierno.

No juzgamos acertada la opinion de M. Medhurst de que el mejor medio de aumentar las relaciones del Celeste Imperio con las potencias extranjeras sería la fundación de algunos periódicos bien dirigidos é impresos en idioma chino. Creemos, al contrario, que los obstáculos para esta reforma son insuperables durante la generación actual. El cónsul inglés no acertó al juzgar el gusto de las clases ilustradas en China, cuyos estudios se limitan á las obras de Confucio, de Mencio y de sus oscuros comentadores. Por hábiles que sean los escritores chinos, sin perfeccionar su educación con los conocimientos modernos, serían unos desdichados periodistas. La absoluta ignorancia en que viven de la ciencia y de los conocimientos á que deben su progreso y civilización las naciones occidentales, es obstáculo invencible á esta reforma, y ningun extranjero pretenderá hoy escribir el chino con tal perfección que sea aceptable á los indígenas, y especialmente á las clases ilustradas del Celeste Imperio.

La facilidad con que un pueblo inteligente, aficionado á la lectura, y deseoso de saber novedades ha vivido durante tantos siglos sin periódicos y sin que comprenda, al parecer, la necesidad de ellos, es otro argumento contra la opinion de M. Medhurst. Que el periodismo es una potencia inmensa para esparcir las ideas é ilustrar la opinion, y que activa el progreso civilizador de los pueblos, es indisputable; pero la China prueba que una nación compuesta no sólo de millones, sino de centenares de millones de habitantes; una nación que cultiva la literatura, que demuestra grande habilidad mecánica, que desarrolla en proporciones colosales la industria, que cuenta en su gobierno hombres de reconocida capacidad, vive sin ayuda de periódicos radicales ó conservadores,

y esto siendo los chinos tan ávidos de noticias como lo fueron los atenienses, buscándolas por todas partes é inventándolas cuando no las hallan.

Las tiendas de té en China son como centros de relaciones sociales, lo que los cafés en Europa; pero sólo para los comerciantes y para las clases populares. Con ménos lujo que en los cafés europeos están siempre llenas de charlatanes, que entre una pipa de tabaco extra-dulce y un número ilimitado de tazas de té extra-claro, tienen desbordamientos de locuacidad incomprensibles en las naciones occidentales.

Pero si la China, con una poblacion muy superior á la de Europa, de dar crédito á las estadísticas indígenas, ha podido vivir y prosperar sin periódicos durante una série de siglos, que ninguna otra nacion pueda contar en su propia historia, si ha logrado por otros medios satisfacer el natural ardor del espíritu humano por adquirir conocimientos, lo que no puede comprenderse es, que el gobierno de un territorio tan extenso haya podido y pueda regirlo sin caminos de hierro, sin telégrafos, obligado á fiscalizar la administracion de diez y ocho provincias, cada una de las cuales es más populosa que algunos reinos de Europa, y á mantener constantes comunicaciones entre todas ellas y el poder central.

Esto se hace, sin embargo, y se hace de un modo satisfactorio, porque á pesar de las insurrecciones frecuentes, á pesar de grandes é inveterados abusos que todo el mundo conoce, los chinos han conservado una nacionalidad compacta y continua, siendo un pueblo rico en recursos industriales, feliz, satisfecho, y gozando de un bienestar material, que por término medio es superior al de los pueblos europeos; todo ello bajo una autoridad suprema y central. Con frecuencia han variado las dinastías, pasando sucesivamente de los indígenas á los mongoles, y de los mongoles á los tártaros. Pero desde que Gengis-Khan y sus sucesores fundaron la unidad del imperio, no ha habido en él digresion alguna. Tales resultados bien merecen ser objeto de serias reflexiones.

Veamos ahora, hojeando la *Gaceta de Pekin*, el *Monitor* del gobierno, y único periódico en aquella tierra, algunos de los medios más ó ménos misteriosos que han producido resultados sin proporcion con los instrumentos, en la apariencia tan primitivos, de que dispone el gobierno. Verdad es que para ello es preciso adivinar lo que no está escrito.

La *Gaceta de Pekin* se diferencia de su homónimo de Lóndres, en que realmente es un periódico semioficial. Hay en el recinto del palacio imperial una oficina, cuyos empleados se ocupan en copiar los decretos en el dia que aparecen, y de enviarlos

á los ministerios, á los tribunales y á los centros administrativos de la capital á quienes respectivamente interesan. Estos empleados tienen autorizacion, por añeja costumbre, de sacar diferentes copias de los decretos ó memorias cuya publicacion no prohiben las autoridades; copias que en la tarde del mismo dia en que se hacen se reparten á los suscritores de Pekin. El producto de la suscripcion lo distribuyen entre los empleados subalternos de esta oficina. Estas copias son próximamente noventa por dia.

Hay entre los abonados á ellas algunos impresores, que dan inmediatamente á la estampa y en forma de folletos lo que de las copias creen más importante. Los ejemplares de estos folletos se venden, poco más ó ménos, por la décima parte del precio de las copias manuscritas, y tienen gran circulacion en la capital y en todas las provincias. Cada provincia ó grupos de provincias posee un comisionado en Pekin, cuyo cargo consiste en adquirir las copias y enviarlas á sus comitentes. Estos comisionados tienen una posicion semioficial, y á veces reciben del gobierno gratificaciones proporcionadas á su respectivo mérito.

La *Gaceta* es, pues, una memoria muy incompleta de los negocios públicos, puesto que respecto á ellos sólo publica lo que la autoridad quiere que se sepa. Por su carácter oficial y por su forma de publicacion se asemeja algo á las crónicas de las sesiones del Parlamento inglés; y, lo mismo que éstas, tiene á veces carácter oficial bajo el punto de vista de que los empleados superiores de las provincias citan con frecuencia á la *Gaceta* como origen de sus informes.

La *Gaceta* se compone de tres partes:

1.º El *Kung-Mén-Ch'ao*, ó copia de la puerta del palacio, que es una especie de diario de la córte, conteniendo la lista de los oficiales y empleados de guardia, las presentaciones, las licencias, las visitas del Emperador á los templos, etc.

2.º El *Shang-Yü*, ó decretos imperiales. Estos decretos son, ó decisiones espontáneas del Emperador, ó contestaciones á las memorias y solicitudes que le presentan. El mayor número se refiere á nombramientos para cargos civiles ó militares. Los decretos del Emperador tienen muchas veces la forma de una correspondencia sobre negocios.

El súbdito autor de la memoria sometida á Su Majestad es inmediatamente informado, en términos breves, de haber dado conocimiento al Emperador del escrito, ó de haberle enviado al ministerio, al tribunal ó á la administracion á quien concierne. Pasado el tiempo necesario, se publica también la respuesta de la consulta elevada á Su Majestad, siendo aquella en térmi-

nos tan concisos como pomposos los de la memoria presentada al Soberano.

3.ª El *Tsom-Pao*, ó memorias de los grandes oficiales de la corona que forman la parte más voluminosa de la *Gaceta*. Cuando no se contesta á estas memorias con un decreto como los ántes referidos, se añade á ellas un rescripto imperial aprobándolas, desechándolas ó remitiéndolas á determinado centro administrativo.

Al viajero que se tome la molestia de visitar los barrios de Pekin, le basta entrar por alguna de las estrechas calles de Lieu-Li-Chang, el barrio de los librereros, para encontrar las imprentas de donde salen las copias impresas. Frente á la puerta se ven las cajas apoyadas en la pared, y conteniendo los caracteres de madera. En una docena de estas imprentas se imprimen miles de ejemplares, que inmediatamente son distribuidos en la ciudad y enviados en paquetes á las provincias.

Cada impresor hace la *Gaceta* por su cuenta, pagando los gastos y cobrando los productos de los ejemplares que imprime. Por unas treinta pesetas al año, el habitante de Pekin sabe cuanto el Gobierno permite decir de sus actos ó de los sucesos de las provincias; y si no quiere gastar tanto, alquila un ejemplar, que tiene durante el día, devolviéndole por la noche.

Los diversos cambios que durante el último siglo se han verificado en los instrumentos mecánicos para hacer la impresion, son curioso ejemplo de la tendencia de los chinos á no abandonar sus antiguas costumbres, áun á pesar de que aparentemente acepten innovaciones ventajosas. Durante el reinado de Kien-Lung parecé que habia en el palacio imperial caracteres móviles de cobre, llevados sin duda por la mediacion de los jesuitas, y con los cuales se imprimieron algunas grandes obras; posteriormente adoptaron las tablillas de cera para imprimir las *Gacetas*; pero hácia 1820 volvieron á emplear los caracteres móviles de madera que en la actualidad usan; á pesar de que, durante los últimos treinta años, ha sido facilísimo llevar de Hong-Kong caracteres metálicos, que economizan trabajo y producen la impresion más limpia.

El sistema de educacion china aspira tan sólo á enseñar á los estudiantes á escribir los documentos oficiales ó papeles del Estado, los cuales tienen reglas fijas de composicion y una fraseologia determinada. El Gobierno cuida de que no se imprima más que lo que deba ser del dominio público; lo que no impide que muchos documentos que no ven la luz en la *Gaceta* se obtengan por dinero hasta en las mismas puertas del palacio.

La apreciacion del valor de los setecientos ú

ochocientos papeles del Estado que cada año se publican en China es muy diversa. M. Wade, por ejemplo, hace gran caso de ellos, porque en su concepto reproducen las leyes, las instituciones políticas, la situacion de la hacienda, etc., de China.

El periódico de Shangay, *El Ciclo*, los califica de palabrería fastidiosa para torturar la verdad en provecho de un exagerado charlatanismo. El Emperador, añade el referido periódico, es el primero que da ocasion á ello; por ejemplo, en 1813 Kea-King atribuia los trastornos ocurridos en la capital y en las provincias á sus propias imperfecciones; sus lágrimas inundan el papel en que escribe, y voluntariamente se humilla haciendo públicas confesiones. Por causa de una prolongada sequía, Tao-Kuang publica un manifiesto, que dice haber presentado al cielo imperial, para obtener el perdon de su ignorancia y de su locura, que ocasionan la desgracia de miles de infelices súbditos. Tan numerosos son sus pecados que no sabe cómo purgarlos.

Natural es que los altos dignatarios del imperio imiten estos ilustres ejemplos. Un censor se considera incapaz, á pesar de los mayores esfuerzos, de conocer la diezmilésima parte de la benevolencia que el Emperador le ha atestiguado. Tseng-Kuo-Fau, se declara á sí mismo niño raquítico, y enumera solemnemente todas las faltas de su administracion.

Diráse que todo esto es cuestion de forma, fraseologia de etiqueta, como la que nosotros empleamos al decir: «Tengo el honor de ser vuestro humildísimo servidor»; pero lo cierto es que la forma envuelve y cubre de tal suerte las ideas, que éstas desaparecen para quien no tiene una vista muy experta.

Pero á pesar de ello, hay mucho que estudiar en la *Gaceta de Pekin* leyéndola con inteligencia y atencion; y vamos á demostrarlo, extractando algunos de sus escritos.

Chung-How, uno de los hombres de Estado más notables del imperio, fué el encargado de venir á Francia para dar satisfacciones por los asesinatos de Tientsin, y ántes de partir de Hong-Kong para Europa dirigió al Emperador una memoria suplicándole que concediese una prueba de la benevolencia imperial nada ménos que á la Reina del Cielo, en recompensa del modo como se habia portado con los juncos que navegan por aquellos tempestuosos mares. La traduccion libre de este documento, publicada en un periódico de Shanghai, dice así:

«Chung-How expone, que habiendo desempeñado por muchos años el cargo de intendente de comercio, sabe los grandes motivos de agradeci-

miento que los marinos de la costa y de los buques de Fukien y de Canton tienen para con la Reina del Cielo, á la cual han dedicado una inscripcion en cada barco. Cumpliendo las órdenes de Vuestra Majestad, va á partir vuestro esclavo para tierras extranjeras, despues de haber atravesado siete provincias. Durante el viaje ha visto que los habitantes que pueblan los 10.000 ó 15.000 *li* de costa del imperio fian su existencia en la mar, trabajando dia y noche con tiempo tranquilo ó tempestuoso en la pesca ó en las salinas; y es por tanto indispensable invocar en su favor la gracia del Sagrado Espíritu. La importancia del comercio marítimo entre los puertos chinos y con el extranjero, que además nos provee de municiones de guerra de todas clases, es inmensa, y merece especialísima atencion. Pido, pues, que se conceda á la diosa un epíteto honroso, y que en sus altares se la hagan periódicamente ofrendas en testimonio del respeto, cada dia mayor, que el pueblo la tiene.»

Este documento es interesante porque pone en evidencia dos hechos que Chung-How conocia muy bien: la necesidad, cada dia mayor, de acudir á buques de vapor extranjeros para el transporte de arroz á Tientsin, y la de captarse la amistad de la poblacion marítima indígena, perjudicada por la traslacion de los capitales á otros puntos, lo cual la priva de trabajo, dejándola por único recurso la piratería.

Un lector superficial, lo único que verá en este escrito es la loca supersticion de su autor, supersticion que los extranjeros atribuyen fácilmente á toda la raza china; pero ¿qué verán en él los que conocen las costumbres de aquel imperio? Lo siguiente:

Chung-How, intendente de comercio durante muchos años en los puertos del Norte, ha fijado, como era natural, su atencion en los asuntos marítimos del imperio, y especialmente en el comercio de la costa. No hay ningun alto empleado chino á quien no preocupe la importancia vital que para Pekin tiene el aprovisionamiento en tiempo útil y en cantidad bastante del arroz que anualmente envian, como tributo, las provincias para alimentar la capital. Desde que hace algunos años el gran canal no tiene fondo necesario para calado de los grandes juncos, la corte no cuenta con más medios de transporte que los barcos pequeños, teniendo que recurrir á los vapores, cuya concurrencia perjudica á los propietarios de juncos y á sus tripulantes.

El verdadero motivo y la verdadera significacion de la citada memoria consiste en el deseo de atraerse estos hombres, manifestando interés por su prosperidad y bien estar; y el hecho de

que un alto empleado chino procure conseguir este objeto concediendo honores á la Reina del Cielo, en vez de ventajas materiales á los marinos, se explica de dos modos: ó el empleado es tan supersticioso como sus compatriotas, ó, como hombre de Estado, ajeno á tales supersticiones, aprovecha las de los demas para atraerse sus voluntades y concederles, sin coste alguno, un favor que en mucho aprecian. Aun admitiendo la primera hipótesis, no debe admirar á nadie que un empleado chino invoque la asistencia de la Reina del Cielo, como un empleado católico invoca la ayuda de María, Reina de los Cielos, ó como los protestantes piden al Dios de los ejércitos que les conceda la victoria sobre sus enemigos.

Otro alto empleado de la frontera occidental presentó una solicitud para que se construyera un templo al dios de la guerra, en reconocimiento de la ayuda que habia prestado á las tropas imperiales contra los rebeldes en Kanchow. Lo mismo sucede en Europa; de modo que la diferencia, más que en el fondo, está en la forma.

Pasando ahora á las costumbres domésticas y á las relaciones sociales, citaremos el siguiente hecho de fidelidad conyugal y de abnegacion de un marido, que mereció publicarse en la *Gaceta de Pekin*, con la aprobacion imperial:

«Un censor pide al Emperador que conceda una inscripcion á la familia de un teniente coronel que murió de pena por la pérdida de su mujer.—Concedido.»

Otro censor llamado Chang-Chnig-Chnig, refiere en los siguientes términos la conducta de la esposa de un *seu-tsaí* que rivaliza con la de aquel marido ejemplar.

Viendo á su marido enfermo, esta dama se cortó un dedo, sirviéndoselo en un medicamento. Por desgracia el específico no fué tan eficaz como se deseaba, y el marido murió. A los diez meses la madre de la esposa murió tambien, y esta heroína se estranguló. *La Gaceta de Pekin* publicó un edicto encargando al consejo de Ritos un informe acerca de la forma más conveniente de tributar la admiracion imperial á este hecho insigne.

Un ejemplo de tragedia doméstica que puede servir de tema para una novela terrorífica:

Ting-jih-Chang, gobernador de Kiang, refiere que una mujer culpable de adulterio y su amante asesinaron al marido al saber que éste conocia sus relaciones amorosas. La mujer fué condenada á muerte lenta, y el hombre á ser decapitado.

La muerte lenta es la pena infamante conocida con el nombre chino de *ling-chih*. Atan al reo á una cruz y cortan su cuerpo en pedazos con detalles de crueldad indescriptibles. La civiliza-

ción moderna rechaza con horror estas barbaridades ejecutadas por sentencia de la autoridad. Pero siendo justos con los chinos en lo que á su sanguinario código se refiere, no debe olvidarse que, hasta el siglo XVII, las leyes penales cristianas de Europa no eran ménos crueles que las de China. Durante el reinado de la reina Isabel de Inglaterra, en la época de Burleigh, de Shakspeare, de Bacon y de Loke, se aplicaba el tormento á los reos, y morían éstos enrodados y descuartizados en el cadalso. La pena de morir enrodado se aplicaba también en Francia en tiempo de Luis XVI, y la última víctima de ella fué una sirvienta, culpable de un robo insignificante, á quien no pudo salvar la influencia de la reina.

Otra aventura digna de una nación civilizada:

«Ying-Han, gobernador de Anhi, refiere el suicidio de una dama, motivado por haber sido objeto de rumores calumniosos. El calumniador fué preso y juzgado por el consejo de penas y castigos.

La reclusion en que las mujeres viven parece que no las garantiza de sospechas y rumores perjudiciales á su fama, y hasta parece que éstos no siempre son injustificados; pero como en las clases bien educadas las mujeres no tienen relaciones sociales, ni ven á nadie más que á sus parientes varones más próximos, es decir, al padre y á los hermanos, no se comprende que haya motivo de escándalo, y esto sin tener en cuenta que la deformidad de los piés las impide salir de sus habitaciones. El escándalo, si existe, no acredita por cierto el sistema de reclusion, aplicado al bello sexo en casi todo el Oriente.

En cuanto á la deformidad de los piés, no hay madre china que titubee un momento en aplicar á sus hijas desde la tierna infancia el bárbaro procedimiento que las imposibilita de andar. Las jóvenes mismas, cuando no les han empequeñecido los piés en la niñez, se someten contentas al prolongado dolor de la operación, porque sólo así pueden contarse entre las personas distinguidas. La determinación de la madre y de las hijas se comprende, sabiendo que ninguna joven que no tenga los piés empequeñecidos debe esperar casarse sino con personas de la ínfima clase de la sociedad; mientras que la que tiene los piés de la dimensión exigida por esta costumbre bárbara, puede aspirar á la mano del primer mandarín del imperio. Los ricos y los altos empleados para nada atienden á la fortuna de la mujer que ha de ser madre de sus hijos. En China se considera esencial para la felicidad y descanso de las almas, tener hijos que puedan pagar los ritos fúnebres y honrar al difunto en el salón de sus antepasados.

La costumbre de empequeñecer los piés de las

mujeres existe, pues, hoy sin que nadie se queje, y es la mejor prueba de la adhesión de los chinos á sus antiguos hábitos y tradiciones. Lo más raro en este punto es que los conquistadores tártaros no ocasionan deformidad alguna en los piés de sus esposas; y como la del Emperador debe ser de esta raza, resulta que el puesto más alto en la gerarquía social á que puede llegar una mujer en China se reserva á las que tienen los piés como la naturaleza los ha hecho.

A pesar de la condición ínfima de la esposa mientras el marido vive, cuando llega á ser madre y viuda tiene derecho al más profundo respeto y á la más completa obediencia de sus hijos; de modo que la mujer china, empezando por esclava concluye por autócrata.

La teogonía china, como la de los griegos, admite las diosas, y suelen ser grandemente reverenciadas. Véase un ejemplo:

Tsen-Kwo-Fan, gobernador general de los dos Kiang, y Kwo-Po-Yin, gobernador de Chiang-su, pidieron al Emperador que concediera un título honorífico á una diosa de Ksien-nu-Miao, á quien se debían los siguientes servicios: Haber llenado de agua el río durante una sequía, proteger el distrito donde estaba su templo, cuando en el tercer año del reinado de Hsienfung, el padre del actual Emperador, los rebeldes de Canton atacaban á Yangchow, presentarse en persona rodeada de una aureola de luz destruyendo por medio del fuego y del rayo un ejército de rebeldes que intentaba pasar el río.

La petición se envió al consejo de ceremonias.

Los espíritus del aire y del agua, los gnomos y otras potencias terrenales, favorables ú hostiles, suelen ser objeto de ofrendas y sacrificios propiciatorios especialmente decretados. En un número de *La Gaceta*, Chang-Chick-wan expone á Su Majestad que en la época en que los rebeldes atacaban con frecuencia á Kao-yu-Chow, en el Kiang-su, un espíritu llamado *kang-tse-hom* (título equivalente al de marqués) que ocasiona grandes lluvias, y tiene un templo en aquel distrito, apareció en los aires aterrorizando á los rebeldes. Además, en distintas ocasiones habia accedido á las súplicas de los habitantes que pedían la lluvia; en vista de los hechos alegados en la exposición, Su Majestad mandó al Han-lin-Yuan redactar una inscripción honorífica para ser colocada con ceremonioso respeto en el templo.

FRASER'S MAGAZINE.

(Extracto analítico de los artículos de sir Rutherford Alcock acerca del gobierno chino.)

(La terminación en el próximo número.)

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Los asuntos de que ha de ocuparse el Congreso postal que se celebrará en Berna el 15 de Setiembre de este año, y para el cual han sido convocadas todas las naciones, incluso España, son, según los *Deutsche Nachrichten*, los siguientes:

Una carta franqueada que no pase de quince gramos, debería pagar 20 céntimos de franco, cualquiera que sea su procedencia y destino, siempre que ambos puntos estén comprendidos en la zona internacional. Las cartas no franqueadas pagarían 40 céntimos.

Los libros y los impresos deberían pagar 10 céntimos por cada cuarenta gramos, y no podrían pasar de un kilo.

Las muestras de comercio pagarían como los impresos, pero su peso no podría exceder de doscientos cincuenta gramos.

Las cartas certificadas pagarían 20 céntimos además de su franqueo; y la pérdida de un certificado sería indemnizada por cincuenta francos.

Se suprimiría todo derecho de tránsito postal, y el importe de los sellos se repartiría entre la nación de procedencia y la del destino.

La firma del tratado internacional no modificaría la legislación postal interior de cada nación. Las naciones que tengan tratado anterior, continuarán rigiéndose por él hasta la fecha de su terminación.

Como se vé, el público y el comercio pueden esperar ventajas bastantes del Congreso postal iniciado por el gobierno suizo; y el nuestro no debe mirar con indiferencia este asunto.

* * *

Para facilitar el análisis de las mezclas gaseosas que se producen en las operaciones industriales, M. Orsat, químico muy distinguido de Francia, acaba de inventar un nuevo aparato destinado por su sencillez a ser confiado hasta a las personas más ajenas a la química. Con este aparato será posible hacer grandes experiencias comparativas sobre el valor práctico de los hornos de construcciones diversas, sobre el oreo de las minas, sobre la ventilación de los hospitales, teatros y otros sitios de reunión; y el metalúrgico podrá presenciar y apreciar la reducción de los óxidos metálicos que se opera en los altos hornos.

Introducidos primero en una campana graduada, los gases que se desprenden van siendo poco a poco separados por una serie de disoluciones destinados a absorber los unos después de los otros. El ácido carbónico se encuentra retenido por una disolución de potasa amoniacal; los otros gases atraviesan una disolución de cloridrato de amoníaco en presencia del cobre metálico; el óxido de carbono y el oxígeno son absorbidos juntos. El gas que queda es el ázoe, cuyo volumen se lee en la graduación de la campana. En cuanto al volumen del óxido de carbono se puede calcular fácilmente por el mismo procedimiento.

* * *

En el hospital de Beaujon, Francia, existe un caso bastante raro de ataxia muscular progresiva, que en vez de empezar por los miembros inferiores, como sucede generalmente, ha afectado primero a los miembros superiores. Es un hombre cuyos movimientos de progresión y locomoción

no sufren trastorno ninguno, ni cuando cierra los ojos, ni cuando anda en la oscuridad. Pero en los miembros superiores existe una falta tan grande de coordinación en los movimientos, que el enfermo no puede tocarse la punta de la nariz sin que su mano vague antes algún tiempo en diferentes direcciones entre la frente y la barba. No puede absolutamente escribir, y sólo llevándole la mano otra persona puede formar algunos caracteres irregulares; pero si entonces se le cierran los ojos, los trazos de la pluma se hacen tan informes y confusos, que no son más que garabatos cruzados en todas direcciones de la manera más desordenada que puede imaginarse. En la Sociedad de Biología de París se está estudiando este caso, que si no es extraordinario, es por lo menos bastante curioso para la ciencia.

* * *

Se ha sacado a la venta en París la biblioteca china de M. G. Pauthier, famoso sinólogo, editor de Marco Polo. Algunas obras se han vendido a precios elevados. Es curiosa la designación de algunos de los títulos vendidos. Los trece King, 29 volúmenes, 250 francos. Los siete King, 34 volúmenes, 550 francos. Los cinco King, edición de los príncipes de la sangre, 220 francos. *King i khao thsouvng mon*, examen de los King, 355 francos. *Chitsen thsionan tchow*, obras de diez antiguos filósofos, 265 francos. Obras del filósofo Tchou-Hi, 360 francos. *Ta thang si gu ki*, viaje búddico, un volumen, 225 francos. *Thoung kian kang mon*, historia universal de China, diez volúmenes, 300 francos. *Ly tai ki esenian piao*, continuación de las dinastías, diez volúmenes, 560 francos. *Thaï Thsing y toung tchi*, gran geografía del imperio chino, 370 francos. *Hing choni kin kian*, el Espejo para la conducción de aguas, 420 francos. Retratos, tipos de las poblaciones chinas, una caja, 1.100 francos. Descripción de las antigüedades del museo de Pekin, 800 francos. *Peiven tchai chon hoa pon*, tratado histórico de la escritura y de la pintura, 1.400 francos. *Ping trenloni pien*, Gran diccionario enciclopédico, 1.750 francos.

* * *

Ha fallecido a la edad de setenta y ocho años M. John-Antoni Galignani, el fundador del tan conocido periódico inglés *Galignani's Messenger*, que se publica en París desde 1814. Sus dos hijos, naturalizados franceses, se han encargado, uno del periódico, y otro de la gran librería inglesa, que también creó Galignani en París.

* * *

El gobierno bábaro ha aumentado en 24.000 florines la asignación anual que entrega a la biblioteca real de Munich, para que pueda seguir el movimiento, siempre creciente, de la producción literaria, y conservar su rango entre las demás bibliotecas de Europa.

* * *

Uno de los puntos que trata en estos momentos la Academia de Ciencias de París, consiste en averiguar las condiciones en que el plomo es atacado por el agua. El doctor Lésbeby, que todos los meses hace el análisis oficial de las aguas que se distribuyen en Londres, ha escrito una carta, de la cual se ha dado cuenta en la Academia, diciendo que el resultado constante de sus expe-

riencias sobre este asunto es el siguiente: cuando el agua, de cada cien partes, contiene cinco ó más de sales de cal (principalmente de carbonato y de sulfato), no hay inconveniente alguno en tenerla en vasijas de plomo y en que corra por tubería de este metal; pero si las sales del agua son cloruros y nitratos, el agua ataca al plomo y se convierte en insalubre.

* * *

El *Börsenblatt*, órgano oficial de la librería alemana, acaba de publicar la estadística del comercio de librería en el año 1872, de la cual tomamos las siguientes cifras:

Las remesas salidas de Leipzig, que, como se sabe, es el centro de ese comercio, ascendieron en el año 1865 á 124.900 quintales; en 1869 á 142.000; en 1870 á 134.000; en 1871 á 148.500, y en 1872 á 158.200; es decir, 10.000 quintales más que en el año anterior, y 32.000 quintales más que en el año 1865. La progresión, como se vé, es bastante rápida.

La producción de libros está representada por las siguientes cifras: En 1867 se publicaron 11.719 títulos; en 1869, 13.651; en 1870, 12.740; en 1871, 13.871, y en 1872, 13.925.

Resulta, pues, que en el comercio, las remesas han tenido un aumento considerable del año 1871 al 1872, mientras que la producción de libros apenas ha sufrido alteración en esos dos años.

Los productos de este comercio han sido: por pagos al contado 3.450.000 thalers en 1871, y 4.059.000 thalers en 1872; y por pagos en plazos ó transacciones 4.165.000 thalers en 1871, y 4.850.000 thalers en 1872.

* * *

Ponchielli, el autor de la ópera *I Promessi sposi*, que ha tenido mucho éxito en Italia, tiene actualmente en estudio en el teatro de la *Scala* de Milan otra ópera nueva titulada *I Litvani*, cuyos principales intérpretes serán la Fricci, la Durand, el tenor Bolis, el barítono Pandolfini y el bajo Petit.

* * *

El duque de Doubedeuville ha ofrecido un premio de quinientos francos á la mejor Memoria que determine los medios de llevar á los campos gran número de establecimientos industriales, y demuestre las ventajas de esta descentralización, conveniente á la sociedad, á los fabricantes y á los trabajadores. Las Memorias se presentarán el 1.º de Junio próximo.

* * *

El doctor Henry Reynold, de Baltimore, usa el acetato de plomo para combatir el dolor de muelas, y le considera el mejor remedio de cuantos se han ensayado, siendo su efecto instantáneo. El paciente pone en la concavidad de la muela enferma quince centigramos de acetato de plomo, y á los dos ó tres minutos se escupe, y desaparece el dolor. Una fricción con aceite de beleño en las encías cura también á veces en corto tiempo los dolores de muelas más violentos.

* * *

La expedición que va á explorar el desierto de Libia (Sahara oriental), está ya perfectamente organizada. Además del director de la expedición M. Gerhard Rohfs, van, para el estudio de la paleontología y geología, el doctor Zittel; para la

geodesia y la astronomía, el profesor Jordan; para la botánica, el doctor Archerson, y para la etnografía y tomar vistas, el fotógrafo Remele.

La expedición intenta dirigirse hácia el Sur por Suit ó Minieh, en el valle del Nilo, como puntos de partida. Después explorará el extraño Bahr-bela-ma (rio sin agua). Pero el objeto más importante para los estudios geográficos será la exploración del desierto de Libia, propiamente dicho, es decir, de la región que se extiende hasta el gran oasis de Koufarah (Koufra) y Wajanga, que se dice está inhabitado.

* * *

En el año 1873 se han impreso en Inglaterra, según leemos en el *Publisher's Circular*, 4.991 obras, de las cuales 3.463 lo han sido por primera vez. En esta cantidad se comprenden 831 novelas y cuentos, 770 obras de teología, sermones, etc., 588 libros de ciencias y artes, 142 de jurisprudencia, 172 de medicina, 170 de política y cuestiones sociales y 184 de estudios y monografías. La poesía y el teatro han producido 328 publicaciones; la historia y la biografía 428; la filología y la pedagogía 413; la economía política y el comercio 150.

* * *

En la última reunión de la sociedad bíblica, celebrada en Londres bajo la presidencia de lord Shaftesbury, se ha leído una Memoria, de la cual resulta, que en 1872 la sociedad vendió en Europa 1.035.120 biblias traducidas en varias lenguas; y en la India y la China, 264.000. Desde 1835 á 1872 ha vendido en Holanda 400.000 biblias; y desde su fundación, en 1804, ha distribuido más de 68.000.000 de biblias en 204 lenguas.

* * *

Pocos países pueden compararse con Rusia en el número y riqueza de sus yacimientos metalíferos. De una Memoria oficial, ejecutada por orden del gobierno ruso, extractamos los siguientes datos:

Existen en Rusia 1.126 minas de oro explotadas (principalmente en Siberia), 6 minas de platino, 26 de plata y plomo, 71 de cobre, 1.283 de hierro, 6 de zinc, 1 de cobalto (en el Cáucaso), 1 de estaño, 2 de cromo (por otro nombre plomo rojo de Siberia), 193 de hulla, 4 de sal gema, 172 de nafta y de petróleo.

Esta explotación formidable alimenta 2 casas de moneda, 12 fundiciones de oro y de plata, 39 fraguas de forjar cobre, 164 altos hornos, 214 talleres donde se trabaja el hierro y el acero, 4 establecimientos metalúrgicos de zinc, 1 de cobalto y 1 de estaño. En todas estas fábricas hay empleados más 260.000 obreros, 500 máquinas de vapor y 2.220 motores hidráulicos.

* * *

El tribunal correccional de Paris ha sentenciado á tres meses de prisión y quinientos francos de multa á M. Paul Roucoux, por haber publicado, sin permiso, un dibujo litográfico, al frente de la música de una canción titulada *La Clique*. El tribunal ha reconocido que tenía autorización para publicar la música, pero no el dibujo litográfico, y por eso le ha condenado.

CRONICA DE LA SEMANA.

Escasa por demas en sucesos políticos ha sido la semana que acaba de trascurrir, como si toda la actividad del gobierno se aplicara á reunir y organizar fuerzas militares para combatir la insurreccion carlista.

El presidente del Poder Ejecutivo de la República y el ministro de Marina, Sr. Topete, despues de permanecer algunos dias en Santander, detenidos por el mal tiempo que impedia su embarque, pasaron el jueves á Castro-Urdiales y de allí á La Garriga, donde conferenciaron con el general en jefe del ejército, Sr. Moriones; el viernes revistaron las tropas en las posiciones de Somorrostro, y volvieron despues á Castro-Urdiales, donde probablemente permanecerán hasta que lleguen al teatro de las operaciones todos los refuerzos pedidos. Ya el viernes se habia aumentado el ejército con cinco batallones, y, á estas horas, las fuerzas enviadas no bajan de 16.000 hombres, además de numerosa artillería.

Es probable, casi seguro, que al emprender las operaciones el general Serrano pueda disponer de 40.000 soldados y 100 piezas de artillería.

Por su parte el ejército carlista preparase á recibir el ataque de los republicanos, aumentando diariamente los atrincheramientos en las posiciones que ocupa, y acumulando cuantas fuerzas tenia en las Vascongadas y Navarra en las alturas, entre Portugaleta y Bilbao. Estímáanse las fuerzas de dicho ejército en cuarenta batallones, y lleva desde luego en la terrible partida que va á jugarse la ventaja de posiciones escogidas y atrincheradas.

Como la suerte de Bilbao ha de depender de la batalla ó batallas que se den en sus inmediaciones, los carlistas han suspendido el lento bombardeo que contra dicha plaza empezaron el dia 22, dejando sólo en sus inmediaciones las fuerzas indispensables para mantener el bloqueo, y concentrando las demas en las alturas que dan frente á las posiciones del ejército liberal.

Así las cosas en el Norte, es probable que ántes de ocho ó diez dias no hayan terminado los preparativos para el ataque general de las líneas carlistas.

Del centro apénas se recibe alguna noticia insignificante de los actos de las facciones, lo cual ha hecho creer que éstas verificaban un movimiento de concentracion para algun golpe de mano que distrajera fuerzas del Norte. La concentracion, si la intentaran, tropezaria con grandes inconvenientes, porque las rivalidades y los celos entre los cabecillas de las facciones aragonesas y valencianas, y la falta de un jefe de prestigio á quien todos aquellos respeten y obedezcan, ha de ser obstáculo, acaso insuperable, para toda reunion de fuerzas bajo un solo mando.

El sentimiento liberal, excitado por el éxito de la batalla de Avanto, sigue dando pruebas de su resolucion á toda clase de sacrificios para vencer al absolutismo; y el sentimiento caritativo, inagotable en el corazon de los españoles, demostrando su propósito de aliviar la suerte de los heridos y enfermos por causa de la fratricida lucha.

Los ofrecimientos de corporaciones y de particulares en uno y otro sentido aumentan cada

dia, siendo consolador espectáculo en medio de los desastres que afligen el ánimo.

El Consejo de ministros continúa reuniéndose diariamente, pero sólo para resolver cuestiones de escasa importancia, que, en estos momentos, cuantas pudieran distraer la atencion del asunto vital de la guerra serian inoportunas. Un espíritu de concordia y de verdadero patriotismo ha sucedido en el seno del Gabinete á los empeñados debates de los últimos dias de Febrero, y cuanto en otras ocasiones ménos críticas pudiera ser motivo de discusion y aún de conflicto entre las dos tendencias políticas que existen en el seno del ministerio, hoy se resuelve rápidamente por medio de concesiones mutuas y espontáneas.

Que ha habido álguien deseoso de aprovechar esta favorable disposicion de los ánimos para alcanzar una reconciliacion más profunda y duradera entre constitucionales y radicales, afirmando de tal suerte la República, es indudable, pero no lo es ménos que la empresa encuentra grandes obstáculos, y que, para ser realizada, exigirá la intervencion poderosa de quien personifica principalmente la política actual, y en dos ocasiones solemnes y recientes ha salvado la forma republicana.

El movimiento de unificacion de los partidos representados en el gobierno se ha intentado también, con peor éxito, en los dias que acaban de trascurrir, entre los antiguos republicanos. Los diputados de la derecha en las últimas córtes constituyentes, que apoyaron hasta el último momento la política del ministerio Castelar, y que hoy reconocen por jefe á este hombre de Estado, han roto por completo, no sólo con los representantes del cantonalismo, sino con cuantos aspiran al federalismo. Entre unos y otros republicanos hay diferencias tan esenciales de credo político y de procedimientos, que si, en lo porvenir y por causas no previstas, hay entre ellos alianza, difícilmente podrá lograrse la fusion por algunos intentada.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LE DIAPASON ET LA NOTATION SIMPLIFIÉE, par Charles Meerens.—Un tomo en 8.º, Paris, 1874.

Este libro es la descripción de un nuevo sistema de notacion musical que, bajo el punto de vista práctico, permite escribir una extension ilimitada de sonidos de un modo idéntico para todos los instrumentos.

UN ASPIRANTE Á MARIDO, por Paul de Kock, traduccion de D. M. de M.—Un volumen de la BIBLIOTECA FESTIVA, Medina y Navarro, editores, Madrid, 1874.

Es una obra eminentemente festiva, como casi todas las del mismo autor. Fundada esta Biblioteca festiva para dar satisfaccion á los aficionados á los estudios de costumbres populares, se compone ya de veintitres volúmenes, y continuará dando á luz hasta formar la coleccion completa de Paul de Kock.